



ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XII. — TOMO X.

NÚMERO 27. — Madrid 25 de Septiembre de 1887.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 »
Un año.....	60 »
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 »

## PROPIEDAD DEL ASILO DE HUÉRFANOS

DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 »
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 »

### SUMARIO

TEXTO. — *La decena*, por Manuel Ossorio y Bernard. — *Los grabados*. — *El estado político de Europa hizo más criminal la aparición del protestantismo*, por Fr. José Coll. — *Tradiciones de Tierra Santa*, por M. Polo y Peyrolón. — *La agonía de un pueblo*, por Angel Lasso de la Vega. — *Carta pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá sobre el duelo* (conclusión). — *Las vírgenes locas y las prudentes*, por Augusto Jerez Perchet. — *Emilia*, por C. Frontaura. — *El arte religioso*, por M. de A. — *Fúbito Sacerdotal de Su Santidad León XIII.* — *Noticias*. — *Necrología*.  
GRABADOS. — *El General de Sonis*. — *Escena de caza*. — *La noche* (cuadro de El Correggio).

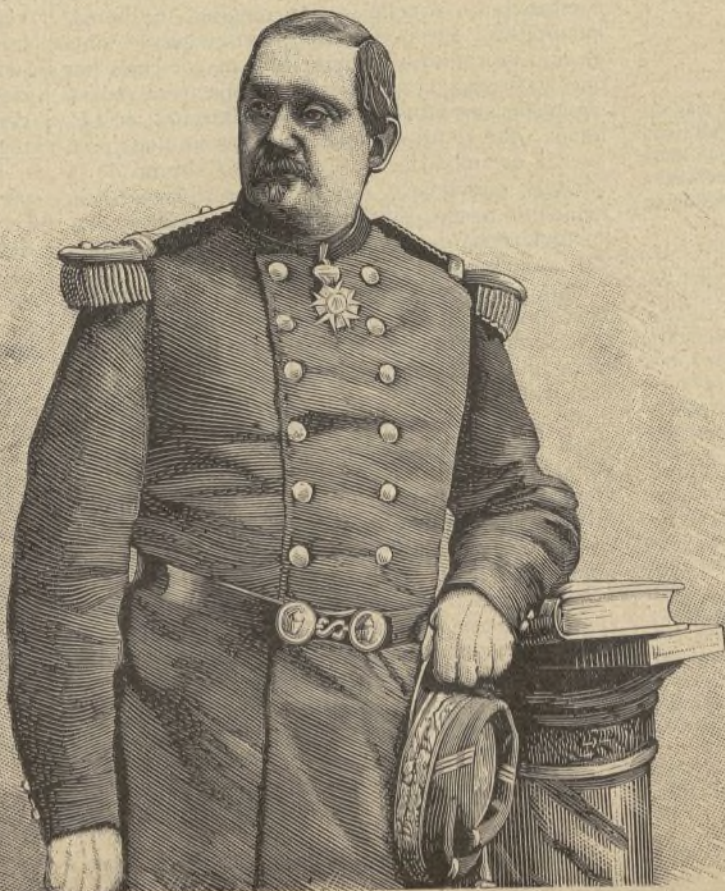
### LA DECENA

**U**NQUE el viaje de la Corte á las Provincias Vascongadas se prolonga más de lo que en un principio se había anunciado, son ya muy contadas las familias que no han regresado á Madrid ó no están preparando el regreso. La campaña veraniega toca á su término, y no parece sino que la sociedad madrileña, imitando al ejército francés, hace gala de su prontitud en movilizarse y pone á prueba la actividad de los camareros y marmitones de las fondas, la facilidad en los juegos de trenes del ferrocarril y la requisa de caballerías, jardineiras, tartanas y otros elementos de locomoción. Los teatros de hora han abierto sus puertas, y ya se están descubriendo los cerrojos de los del Real, Español, Comedia y Zarzuela. Algún estreno fracasado parece ser el globo correo que anuncia el carácter del próximo año teatral, y mientras nos disponemos á festejar á Mario y á Vico, á Massini y á Mesejo y Luján, concedemos nuestra temporal preferencia á los héroes de coleta trenzada que se llaman Rafael y Salvador, Guerra y Mazzantini.

\*\*\*

¡Grandes emociones durante la decena! Habíase anunciado la gran corrida de toros á beneficio del Hospital; los preparativos hechos para la misma parecían prometer halagüeños resultados; los trenes llegaban á Madrid atestados de infinitos madrileños que apresuraban el regreso para no perder la fiesta nacional, y las capitales y pueblos próximos nos enviaban nada escaso contingente de forasteros. Faltaba media hora para comenzar la corrida, y de repente

observó el público asombrado que las autoridades municipales hacían retirar los coches á la calesera preparados en el sitio de costumbre; minutos después se fijaba un anuncio participando que la corrida había sido suspendida por orden del Gobernador de la provincia, y comenzaron los comentarios y las quejas, las interpretaciones y los conflictos. El buen pueblo de Madrid, tan indiferente por lo regular, aun tratándose de los más respetables intereses sociales, no pudo llevar con paciencia aquella suspensión de su espectáculo favorito y llenó las calles principales del centro, formando corrillos, discutiendo en alta voz y hasta ofreciendo algunas veces caracteres y tonos verdaderamente alarmantes. Pronto se supo que la orden de suspensión obedecía al deseo de evitar en la plaza un conflicto, porque el examen pericial de los toros asignaba á éstos condiciones poco salientes para la lidia, y los que en un principio conceptuaban la orden de la autoridad civil como una arbitrariedad, comenzaron á modificar su juicio, atribuyendo todas las culpas á la Comisión de diputados provinciales que había intervenido en los detalles y preparativos de la corrida de Beneficencia.



EL GENERAL DE SONIS

A generalizar estas impresiones contribuyeron notablemente los vendedores del programa de la corrida, que, para no verse defraudados en sus intereses, los siguieron pregonando (á pesar de la orden de suspensión); pero que para no defraudar al público, reformaron su pregón en la siguiente forma:

— ¡El programa, con los nombres y señas de las cabras que van á lidiarse esta tarde!

\*\*\*

Por señas que en todo este proceso ocurrieron cosas peregrinas.

El dictamen de los veterinarios decía en su texto que todos los toros apartados *eran útiles* para la lidia, y en una nota al pie, que los toros tal y cual *no eran útiles*.

Y de aquí el fundamento de la suspensión gubernativa.

Pero los diputados provinciales, congregándose en la plaza, asistidos por otros veterinarios, por los cuatro espadas y por varios revisteros é inteligentes, decidieron que los toros desechados *eran útiles*, en vista de lo cual... eligieron otros.

Al cabo, el lunes se pudo verificar la corrida, y aunque comenzó en medio de un silencio sepulcral por parte del público y con excepcionales precauciones por la de la autoridad, los toritos, presintiendo que su blandura podría originar á Madrid un día de luto, prefirieron sacrificarse y dieron pruebas de bravura y poder. El conflicto quedó conjurado; los ánimos tranquilos; los forasteros cumplieron su programa sin más contratiempo que la pérdida de un día; el teniente de alcalde guardó en el bolsillo para mejor ocasión la renuncia de su cargo, y de todo el clamoreo sólo quedó algún punto oscuro relacionado con las condiciones que han de llenar las reses bravas y las que deben caracterizar á los diputados provinciales.

\*\*\*

Y sin otros contratiempos, nos hemos plantado en el período de las ferias. Ya no ofrecen éstas el carácter de antaño, cuando las plazas y calles más céntricas se llenaban de muebles desvencijados, telas desteñidas, cuadros rotos, libros incompletos y frutas verdes ó pasadas: la escoba municipal barrió todas aquellas basuras, arrojó los puestos al Prado, al paseo de Atocha y á la calle de Alfonso XII últimamente, y en esta última pueden verse aún,



en memoria de lo que las ferias fueron, algunos montones de libracos, algún derroche de platos y tazas, las nueces y las avellanas que vienen indicando el frío, y los puestos de miles de objetos á real y medio la pieza, que aun solicitan el deseo del público infantil y promueven hondas perturbaciones en los libros de caja de numerosas familias madrileñas.

Pero esta es la feria visible y la que carece de toda razón de ser, dado el desarrollo que tiene el comercio de Madrid; esta es la feria que termina en los primeros días de Octubre, si antes los chaparrones y las tormentas no han ahuyentado y hecho escapar á los alcarreños vendedores de avellanas, á los comerciantes en loza y cristal y á los que antes de consagrar sus libros á envolver en los herbolarios los ofrecen en pintoresco montón á los que aun creen en los hallazgos y buenas fortunas de los bibliómanos.

La feria verdad, la feria que tantos aficionados trae á la Corte, ni se exhibe en puestos al aire libre, ni ofrece los encantos que adiciona á veces la presentación de monstruos humanos ó focas marinas, que se anuncian á son de tambor ó de clarinete. Feria de ambiciones, feria de vanidades, feria de creencias, sus transacciones no son públicas, pero se repiten sin cesar todos los días, y hay quien se provee en tales ferias de un diploma que le sirve para engañar al mundo, y quien compra reputación científica ó literaria en un baratillo, y adquiere cargos, empleos y honores, y hasta se proporciona alguna conciencia elástica para suplir á la que arrojó, por lo que le pesaba, al tiempo de abandonar á su pueblo y á su familia para luchar con las corrientes en el agitado mar de la política.

Entre las dos ferias madrileñas prefiero la actual; pues á lo menos el engaño es más difícil: todo el que se acerca á un puesto de frutas puede llevar el convencimiento de que se las darán podridas, y todo el que compra un juguete por real y medio sabe que no lo vale ni con mucho. Pero en la otra feria se pierde lo que vale bastante más que el dinero: la ilusión acariciada, la honradez bendita, acaso la vida terrenal y acaso la vida eterna.

\*  
\*\*

La Sociedad arrendataria del tabaco ha emprendido una activa campaña contra la industria colillera, y los carabineros persiguen sin descanso á los muchachos que se dedican á recoger puntas y se incantan de su mercancía.

— ¡Buen síntoma! — exclama el Dr. Pangloss; — al fin vamos á fumar buen tabaco.

— No lo crea V. — le interrumpe un incrédulo; — esa persecución obedece á que la Sociedad ha consumido ya las existencias que le dejó el Gobierno, y hace provisiones para servir al público.

M. OSSORIO Y BERNARD.

## LOS GRABADOS

EL GENERAL DE SONIS.

Francia acaba de sufrir la pérdida de uno de los más valerosos jefes de su Ejército, tan notable por su bizarría como por su arraigada fe católica. Sus grandes servicios en Italia en 1859 le hicieron alcanzar justo renombre; pero la batalla de Loigny en 1870, donde mandaba en jefe la división 17 del Ejército, inmortalizó su nombre.

Tratábase de recuperar á Loigny, ocupado en parte é incendiado por los prusianos. La tarde caía y el regimiento único que mandaba el General se negaba á avanzar, imposibilitado por las privaciones y la fatiga. El General se adelantaba entonces á los zuavos pontificios que aguardaban órdenes: — "Coronel, grita á Charette, enseñemos á esos cobardes lo que pueden los hombres de corazón y los buenos cristianos... ¡Viva Francia! ¡Viva Pío IX! ¡Adelante!"

Dos compañías de tiradores y de movilizados se agregaron al batallón: en junto 800 hombres. Avanzaron arma al brazo y al paso en orden de parada y cubriendo todos los huecos que hacía en sus filas el cañón enemigo. De repente una espantosa descarga de fusilería suena junto á los zuavos: Verthamor cae en tierra tiñendo con su sangre la bandera y el general Sonis siente rota una de sus rodillas: los zuavos avanzan arrollándolo todo, barren el bosque y recorren la aldea; pero las tropas prusianas reciben nuevos refuerzos y el batallón francés, diezmado y envuelto por todas partes, no es socorrido. Entonces tocó retirada y Charette condujo los restos de la heroica falange, mientras que el general De Sonis, con la pierna izquierda fracturada, aguardaba la muerte sobre un terreno helado, sobre el cual iba extendiendo la nieve un inmenso sudario.

En sus honras fúnebres, á las que han asistido representantes del Presidente de la República y del Ministro de la Guerra, el de este último pronunció muy conmovido las siguientes frases:

"Señores: Designado por el Sr. Ministro de la Guerra para representarle en esta ceremonia, acudo á dar mi despedida al general De Sonis. La vida del hombre cuya pérdida lamentamos es harto conocida para que necesite ser re-

cordada. Modelo de todas las virtudes en su vida militar y privada, la palabra *deber*, escrita en la primera página del libro de su existencia, figuró hasta en la última, y de él puede decirse que fué, como Bayard, sin miedo y sin mancha. Adios, Sonis; más bien, en mi fe cristiana, hasta la vista."

El general Charette ha escrito á sus antiguos compañeros de armas:

"Mis queridos camaradas: El general De Sonis ha muerto y recibido ya la recompensa de su largo martirio. A él le corresponde la gloria de haber desplegado la bandera del Sagrado Corazón, en el mismo campo de batalla donde flotaba cuatro siglos antes la de Juana de Arco. Soldado de la Francia y soldado de Dios, toda su vida puede resumirse en estas dos palabras: Honor y sacrificio. — Charette."

Con el triste motivo de la muerte del general De Sonis, algunos periódicos han publicado la interesantísima carta que durante la campaña de Italia en 1859 escribió á su esposa. En ella, después de reseñar minuciosamente todos los pormenores de la batalla de Castiglione, en la que providencialmente salvó la vida, terminaba con las siguientes frases, tan propias de un héroe cristiano:

"A alguien quizá le parezca que hago mal en hablaros de los peligros que he corrido, porque pueden presentarse de nuevo, y que deciros todo esto es dar pábulo á vuestras inquietudes y tristezas. Pero yo miro las cosas desde más arriba, y deseo que vos las veáis como yo."

"Dad gracias á Dios, de todo corazón, por haberme preservado de la muerte por un milagro de su infinito poder. Vuestra fe se animará con la idea de que todos los peligros de muerte se han juntado en rededor mío, á fin de que sea más patente la protección de Dios. A El y á María habíame encomendado con toda mi alma, y á Dios y María os había confiado á vos, querida mía, y á nuestros hijos. — De Sonis."

Tal era el hombre, cuyo retrato publicamos en la primera plana de este número.

ESCENA DE CAZA.

El dibujante ha logrado retratar con gran exactitud y preciosos detalles una de las muchas escenas á que da lugar el ejercicio de la caza. Asunto es que no reclama seguramente descripción alguna.

LA NOCHE.

(Cuadro de El Correggio.)

Conocida es de nuestros lectores la biografía de Antonio Allegri, llamado el Correggio, á causa de haber nacido en la localidad de este nombre, Ducado de Módena, en 1494. Entre las obras del fundador de la escuela de Lombardía ocupa muy preferente lugar la que reproducimos en este número y representa al Niño Dios en el Portal de Belén, adorado por ángeles y pastores.

## EL ESTADO POLÍTICO DE EUROPA

HIZO MÁS CRIMINAL

LA APARICIÓN DEL PROTESTANTISMO.



ELICADAS y por todo extremo luctuosas fueron las circunstancias que eligió la Reforma para ondear al viento el negro estandarte de su insubordinación contra la Iglesia. Bajo el punto de vista histórico, la comparecencia de aquella facción religiosa fué la más intempestiva que podía darse; diríase que se había elegido exprofeso el instante de la mayor crisis por que atravesaba la amenazada Europa, para venir á complicar más y más su dolorosa situación; en términos, que si las naciones europeas no llegaron á quedar arrumbadas en el cenagoso abismo de la barbarie musulmana, por lo menos se las puso en inminente riesgo, dificultando por otro lado el desenvolvimiento de la misión pacífica y regeneradora del catolicismo.

Para poner en ejecución la sentencia que el Pontífice León X había pronunciado contra el jefe de la Reforma, y oponer un dique al error que tan rápidos progresos estaba haciendo en la Sajonia y vecinos Estados, el Emperador Carlos V celebró una dieta en Worms en 1521, mandando comparecer á aquel herejarca, á quien envió un salvoconducto duradero por término de veintiún días. Pero fué sin efecto el comparendo, porque el acusado se mantuvo pertinaz en sus errores; y no contento con ello, vomitó nuevas blasfemias, haciendo alarde de su dogmatismo.

En vista de este resultado, el Emperador, con consejo y consentimiento de los Electores, Príncipes y Estados del Imperio, declaró que tenía á Martín Lutero por cismático y hereje obstinado, notorio y separado de la Iglesia; mandando que todos y cada uno le tuviesen por tal, y desterrándole del Imperio, con orden á todos los Príncipes y Magistrados de prenderle con diligencia, y aprisionarle pasado el término de veintiún días, que era, como hemos dicho, el del salvoconducto.

Prohibe además á todos y cualesquiera que sean, bajo la pena de crimen de lesa Majestad, darle acogida, protegerle, retener alguno de sus libros ó alguna de aquellas imágenes en que el Papa y los

Prelados estaban representados de una manera injuriosa. Permite á todos perseguir á él y á sus cómplices, adherentes y protectores; despojándolos de todos sus bienes muebles ó raíces, que abandona á discreción del primero que se apodera de ellos; y concluye con una prohibición general de imprimir el más pequeño libro en materia de fe, sin la aprobación del Ordinario ó de la Universidad vecina.

No hay duda que estas providencias, fielmente cumplimentadas, hubieran sofocado la herejía; pero la medida de las iniquidades de aquel pueblo había llegado á su colmo; parece que Dios lo había abandonado en manos de su consejo; y el diablo, que lo olió, metió primero la pata, y después la cabeza entera.

Aquellos tiranuelos y magnates interesados en promover la fermentación religiosa con el aliciente de las riquezas que esperaban secuestrar de los conventos, iglesias y abadías, no vacilaron en renegar de su fe y en hacer traición á su conciencia, á su patria y á su Rey, acogiendo, patrocinando y dando ayuda al apóstata, excomulgado y proscrito Lutero. Qué bien dijo el apóstol: «La raíz de todos los males es la avaricia; la cual codiciando algunos se desviaron de la fe, y se enredaron en muchos dolores.» (1 Tim. VI, 10.)

Mas lo que sobre todo impidió la ejecución de las disposiciones del Emperador fué la necesidad en que éste se halló de regresar inmediatamente á España, para apaciguar los alborotos que se habían levantado durante su ausencia. Esto fué lo que le obligó á dejar encomendada la regencia en manos de dos luteranos, el Elector Federico de Sajonia y Luis, Conde palatino.

Merced á las divisiones que la herejía ocasionaba entre los Príncipes de Alemania, unidas á las relaciones demasiado tirantes entre algunos de los Soberanos católicos, el Sultán Solimán II extendía cada vez más sus pavorosas conquistas sobre el Occidente; y ya se había hecho dueño de Belgrado, capital de la Servia, viniendo luego á caer sobre la isla de Rodas, que, vergonzosamente abandonada de todas las Cortes de Europa implicadas en sus domésticas disensiones, hubo de sucumbir después de un prolongado sitio, en el cual los valerosísimos caballeros de San Juan de Jerusalén lograron inmortalizar su nombre.

A favor de esta victoria entró Solimán en Hungría, llenando todo aquel territorio, por espacio de tres años consecutivos, de luto y desolación. En vano se intentó repetidas veces interesar por la infeliz suerte de los húngaros á los revoltosos y fanáticos sectarios alemanes; la Hungría continuó corriendo la misma suerte que Rodas, hasta el punto de morir su Rey Luis en una batalla en que pereció también la flor de su nobleza; y por apéndice de tamañas desventuras, otros mil y quinientos nobles que habían sido hechos prisioneros fueron sin compasión alguna decapitados al siguiente día por orden del Sultán.

Terminados estos hechos de armas, y viendo aquel fogoso islamita que nadie se le oponía en su veloz carrera, marchó en dirección á Buda y la tomó; y soñando siempre con nuevos triunfos, penetró en el Austria, se apoderó por asalto de la ciudad de Altemburgo, única que se atrevió á hacerle resistencia, y sin detenerse ya fué á sentar sus reales delante de las puertas de Viena.

Las naciones católicas hallábanse consternadas por la solidaridad del peligro que á todos tan de cerca amenazaba, sin que ninguna de ellas diera señales de vida; hasta que al fin pudo el Emperador concluir con otros siete Príncipes alemanes el tratado de Nuremberg, y poniéndose él mismo al frente de un numeroso ejército, logró después de una batalla hacer desandar al enemigo el camino que había traído desde Constantinopla.

Carlos V habíase visto hasta aquel punto coartado por dos distintas corrientes para no usar de rigor con los protestantes; tales eran el temor de que suscitase dificultades á la elección de su hermano el Archiduque Fernando por Rey de los romanos, y la inevitable guerra del turco, para cuya campaña tenía necesidad del concurso de los Príncipes luteranos. Desgracia fué para aquel religioso Monarca el no haber podido contar con la alianza de Francisco I, Rey de Francia, ni con la de Enrique VIII, de Inglaterra, que aun no se había hecho indigno del glorioso título de *Defensor de la Fe*.

Como quiera que sea, alguna demasiada importancia dió Carlos á las razones de Estado, según él mismo lo reconoció después cuando, arrepentido de las excesivas consideraciones que había tenido con los herejes, exclamaba en su retiro de Yuste: «Mucho erré en no matar á Lutero; y si bien le dejé por no quebrantar el salvoconducto y palabra que le tenía dada, pensando remediar por otra vía aquella herejía, erré, porque yo no era obligado á guardarle la palabra, por ser la culpa del hereje contra otro



mayor Señor, que era Dios; y así no le había ni debía guardar palabra, sino vengar la injuria hecha a Dios. Que si el delito fuera contra mí solo, entonces era obligado a guardarle la palabra; y por no le haber muerto yo, fué siempre aquel error de mal en peor: que creo que se atajara si le matara." (Sandoval, tom. II, caps. IX, X.)

¡Ah! ¡Qué bella coyuntura aquella en que la Reforma enarboló su rebelde pendón, para pensar más bien en apagar las rencillas de los Reyes, recuperar a Constantinopla y a Jerusalén, y extender en mayor escala los descubrimientos del Nuevo Mundo; concluyendo por civilizar el litoral del Asia, y sobre todo el más inmediato del África, que aún hoy, después de tres siglos y medio, continúa dando qué hacer a la diplomacia, cuando no a la espada y al cañón!

¡Cuántas ruinas ha esparcido por todas partes ese tropel de sectas que, iluminadas en su marcha por la siniestra luz que irradia la tea de la discordia y del odio más reconcentrado, convertido ha los más hermosos monumentos en cenizas y escombros! A no haber desaparecido tantas maravillas del arte, bien puede asegurarse que Alemania, Inglaterra, Austria, Bélgica, Holanda, Francia, Italia, España y otros Estados serían hoy un vasto museo de preciosidades. Las manifestaciones del culto católico exigen rigurosamente el esplendor y la magnificencia armonizadas con el gusto y la belleza; y esto es lo que obligó en todo tiempo a la Iglesia a fomentar la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía sagrada: pues ¿qué serían hoy aquellas naciones si la herejía del Norte no hubiera venido a detener el curso de su civilización?

De ruinas, ya se sabe, otra cosa no podía esperarse más que ruindades, y ruinas. Por su parte, el vulgo ignorante que, interpretando la Biblia a su sabor, leía en ella que ante Dios no hay distinción entre el judío y el griego, el bárbaro y el escita, el esclavo y el libre, empuñaba tumultuariamente las armas, y cual desbordado torrente que todo lo inunda, lanzábase a una lucha desesperada contra los señores. Era ya de esperar: las ideas no se amordazan ni se sujetan con cadenas; un individuo puede detenerse a la vista de la sima que se abre debajo de sus pies; a la sociedad no la detienen ni aun las profundidades del abismo: es la fuerza de la lógica a que obedece el instinto de las naciones en la realización de sus destinos providenciales.

En tanto que los campesinos se limitaron a perseguir a los católicos, Lutero no cesó de azuzar su furor contra todas las clases de la sociedad; mas tan luego como las masas, ya duchas en las lecciones de su maestro, principiaron a envolver en el exterminio hasta los mismos luteranos, ¡oh! entonces ya mudó de cantinela. Antes de ello, decía el doctor en el libro *De la magistratura secular* "que Dios entrega a los príncipes católicos a su razón depravada; que quiere acabar con ellos y los príncipes de la Iglesia. Sus reinos, añadía, están cercados, y van a bajar a la tumba acompañados del odio de todo el género humano: príncipes, conculca, obispos, curas, frailes (¡mira, hombre, que te se rasga la manga!); canalla y más canalla."

«¿Qué son, pregunta en el citado libro, la mayor parte de los grandes? Y responde: embusteros, asesinos, los mayores bribones que sustenta la tierra; lictores y verdugos, de los cuales se sirve Dios en su cólera para castigar a los malvados y conservar la paz de las naciones... Príncipes, prosigue, la mano de Dios está suspendida sobre vuestras cabezas; el menosprecio se extiende sobre vosotros; moriréis, aunque vuestro poder fuera mayor que el del mismo turco... Vuestra recompensa ha llegado ya; sois tenidos de todos por unos pillos. El pueblo, cansado ya, no puede sufrir por más tiempo vuestra tiranía y vuestra iniquidad."

Pues bien; después de haber puesto a la Alemania en la más espantosa conflagración, después de haber excitado la sangrienta furia del pueblo contra las clases elevadas, Lutero desencadenó su fiera contra aquel mismo pueblo, por la sola culpa de mostrarse discípulo suyo muy aprovechado en la aplicación de las lecciones que con tanto empeño acababa de enseñarle. Inconsecuente consigo mismo, y desleal hasta la última y más infame villanía, a poco de haber sembrado aquellas doctrinas tan subversivas, transformado de abogado en fiscal, exhortaba a los príncipes a la venganza. Decía que para ellos no había demonios en el infierno, porque todos, sin quedar uno solo, se habían introducido en el cuerpo de los villanos; que era preciso matar a aquellos perros rabiosos, sin usar de misericordia con ellos. «Arriba, príncipes, exclamaba; herid, asolad, ha llegado el tiempo maravilloso en que puede un príncipe, asesinando proletarios, alcanzar más fácilmente el paraíso que otros rezando." ¡Qué misionero...!

Entre tanto el pueblo, semejante al león dormido que sacude al viento su melena para precipitarse airado sobre el cazador que le hiere, rompía todos los diques para arrojarlos sobre sus señores. El demagogo Muncer, penetrando en las minas de Mansfeld como una estantigua evocada del fondo de aquellos tenebrosos antros, lanzaba al aire el siguiente grito de guerra sin cuartel: «Despertad, hermanos. Coged los martillos y pulverizad la cabeza de los filisteos. Pin, pan...; redoblad los golpes sobre el yunque de Nemrod, atacad a vuestros señores con el hierro..."

Al escuchar esta encarnizada proclama, las turbas seguíanle con los puños crispados y rechinando los dientes, dispuestas a no dejar a ninguno con vida. Pero eran derrotadas en todas partes, y los que no morían en el campo de batalla pagaban luego su rebelión en la horca. Cien mil de ellos perecieron en esta horrible campaña llamada de los aldeanos, quedando en ella destruidas siete ciudades, trescientas iglesias y mil monasterios. Lutero, él más que nadie, es el responsable de tantos ríos de sangre y de tan grandes montañas de ruinas. La historia, con su juicio inexorable, denunciará perpetuamente a aquel monstruo como autor principal de tan espantosas hecatombes.

FR. JOSÉ COLL.

## TRADICIONES DE TIERRA SANTA

### XXI

#### LA SANTA TUMBA



HABLANDO de los instrumentos y reliquias de la pasión, muerte y enterramiento de Jesucristo, no es posible pasar por alto la más importante de todas ellas, que es como su cúspide y corona. Me refiero al gloriosísimo Sepulcro, dentro del cual estuvo depositado el cadáver augusto del Redentor, desde el viernes por la tarde hasta el domingo al amanecer, y que en frase de las Santas Paula y Eustaquia, que abandonaron los opulentos placeres de Roma para hacer vida cenobítica junto al divino establo de Belén, «excede en santidad y gloria a los querubines, al propiciatorio, al arca del Testamento, al maná, a la vara de Aarón y al altar de oro." Apuntados quedan los principales datos históricos referentes a la Santa Tumba en el artículo sobre la basílica de la Resurrección; por lo que me limitaré ahora a describirla, pintando a grandes rasgos su forma primitiva, transformaciones principales y estado actual, remitiendo al que desee más datos a la erudita disertación sobre el asunto del Comisario de Tierra Santa P. Cipriano de Treviso<sup>1</sup>.

Creencia tan errónea como general en Occidente, hasta entre pintores y escultores inspirados, es la de suponer que el Sepulcro de Jesús era una especie de urna o sarcófago, cubierto con delgada lámina rectangular. Nada más inexacto: sirvió de sepulcro al Señor una cueva probablemente artificial, cavada en los peñascos de la vertiente Norte del Gólgota y compuesta de dos departamentos, que comunicaban entre sí con un banco de piedra en el posterior, sobre el cual fué depositado el cadáver de Cristo nuestro bien. La puerta o agujero de entrada al monumento se obstruía por medio de pesada y gruesa piedra que con algún esfuerzo giraba sobre la estría o ranura existente delante del umbral de la cueva. Y para sostener esta opinión me fundo en las consideraciones siguientes:

a) Los últimos descubrimientos arqueológicos efectuados en los alrededores todos de Jerusalén, y especialmente en la mansión de los muertos llamada valle de Josafat, prueban que aunque los judíos pobres eran enterrados en sepulturas socavadas en la madre tierra, los ricos hacíanse construir en vida sus cuevas sepulcrales, abiertas a pico en los peñascos, con uno o varios bancos o nichos para depositar sobre ellos los cadáveres de la familia, después de perfumados y envueltos en sudarios. Ahora bien: por el evangelista San Lucas sabemos que el rico senador judío José de Arimatea cedió a Jesús su sepulcro «labrado en una peña, en el cual ninguno hasta entonces había sido puesto." Luego el sepulcro del Señor no era fosa ni sarcófago, sino cueva semejante a los sepulcros de los Jueces, de los Reyes y otros muchos, que permanecen aún intactos en los barrancos próximos a la ciudad deicida.

b) Las mismas palabras de los cuatro evangelistas dan a entender la forma y colocación de la losa sepulcral, de manera que no cabe la menor duda. En efecto, para indicar la acción de cerrar con la piedra el monumento, emplean el verbo *adolvere*, y el verbo *revolvere* para expresar la acción de abrirlo. Estos dos verbos latinos y sus correspondientes griegos *ποσχυλλω* y *αποκυλλω* equivalen al castellano *rodar* y las lápidas de los sarcófagos se levantan, no se ruedan."

c) San Cirilo, Obispo de Jerusalén, a mediados del siglo IV, San Antonino de Plasencia en el VI y San Arculfo en el VII, dicen que la piedra con que estuvo cerrado el Sepulcro del Salvador era semejante a una rueda de molino y estaba dividida en dos pedazos.

d) Por último, dichos pedazos, según tradiciones venerandas, se conservan aún, el menor en la capilla del Ángel del Santo Edículo y el mayor en la pequeña iglesia del convento Armenio, construido sobre el solar de la casa de Caifás. Ambos son de calcárea rojiza y este último tiene figura *semicircular* y sirviendo de mesa está empotrado en el altar único de dicha iglesia.

Los primeros cristianos, súbditos de los dos primeros Obispos de Jerusalén Santiago y Simeón, jamás perdieron de vista los lugares santificados por su divino Maestro, especialmente el establo en que había nacido, la colina en que había sido crucificado y la roca en cuyas entrañas había permanecido sepultado su cuerpo sacratísimo.

Cuando por el año 70 la ira de Dios se cernía sobre la ciudad deicida é iban a comenzar los horrores de aquel sitio famoso, que no tiene semejante en la historia, la pequeña comunidad cristiana, capitaneada por su obispo Simeon, sobrino de San José y por ende del linaje de David, se trasladó a Pella en la orilla opuesta del Jordán. A su regreso no encontraron en Jerusalén más que ruinas humeantes, desolación y muerte; pero aminoraba su pena la vista de los Santos Lugares. San Simeón tuvo el honor insigne de ser crucificado a los 120 años de edad por Atico, Gobernador de Palestina. Desde su martirio hasta la ruina total de los judíos por Adriano en 136 se sucedieron 13 Obispos en la Sede Jerosolimitana. Jerusalén cambió su nombre por el de *Elia Capitolina* y Adriano profanó el Santo Sepulcro erigiendo sobre él un templo, ó estatua cuando menos a Jupiter y otra a Venus en el monte Calvario; pero decretada la libertad religiosa por el edicto de Constantino y Licinio en 312, el primer pensamiento de los cristianos fué construir una iglesia sobre los lugares mismos de la pasión, muerte y enterramiento del Señor. La santa madre de Constantino, a pesar de sus muchos años, se personó en Jerusalén y sin omitir gasto alguno hizo erigir sobre el Calvario y el Sepulcro majestuosa basílica, que los protegiese de las injurias del tiempo, ya que no del vandalismo de los hombres.

Colocadas las cuevas sepulcrales, que contuvieron el cuerpo sacratísimo del Redentor, en la pendiente escabrosa del Gólgota y elevándose el monte a bastante altura por encima del sagrado monumento, faltaba el terreno necesario para emplazar la grandiosa basílica; pero los arquitectos imperiales, como buenos romanos, no retrocedieron ante las dificultades numerosas que había que vencer y el trabajo impropio indispensable para cortar el monte de arriba abajo, dejando aisladas en el centro las santas cuevas sepulcrales. Cerca de 30 metros tenía la altura máxima de este corte, 11 su anchura y 90 su extremo límite en torno, de manera que para obtener y allanar semejante área, se ha calculado que hubo que cortar y extraer unos 25.000 metros de piedra calcárea. Sobre tan espacioso solar, durante diez años de obras continuas, se levantó este suntuoso templo, que tomó el nombre de *Anastasis* ó de la Resurrección y también *Martyrium*, esto es *testimonio*, porque, en efecto lo era y gloriosísimo de la resurrección del Señor, fundamento de la fe cristiana. Aunque la cúpula ha sido varias veces destruida, las paredes maestras de la basílica actual son las mismas del templo de Santa Elena. Cuando se quiera puede comprobarse el corte perpendicular del monte, al cual está adherido el lado Este de la retonda, desde los cimientos hasta la primera cornisa.

La cueva sepulcral quedó, al fin, aislada en el centro de la hermosa rotonda, interiormente intacta y exteriormente convertida en un templo monolítico, en sentir de muchos semejante al sepulcro de Zacarías existente en el valle de Josafat y por lo tanto de forma cuadrangular, embellecido con pilastras hasta la cornisa y coronado por una pirámide también de cuatro caras como todo el monumento. San Cirilo, Obispo de Jerusalén, que nació en 315, da a entender que, por razones arquitectónicas, Santa Elena hizo demoler la cueva anterior ó vestíbulo del

<sup>1</sup> De la verdadera forma primitiva y actual del Santísimo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. Disertación del P. Cipriano de Treviso, M. O. y Comisario de Tierra Santa, vertida del italiano al castellano por D. Manuel Polo y Peyrolón. — Valencia, 1884.



Santo Sepulcro y habla también de la piedra que sirvió de puerta, como si estuviese ya entonces dividida en dos pedazos.

Entre los años de 1099 y 1188 los Cruzados decoraron lujosamente la Santa Tumba, reconstruyendo el vestíbulo, en el cual dejaron tres puertas que facilitaron la entrada, una al frente y dos laterales. Desde entonces la roca del sagrado monumento ha sido destruida en diferentes ocasiones por incendios y devastaciones de persas, carismianos, turcos, etcétera, de manera que únicamente se ha conservado su forma regular y lineamientos primitivos, merced á construcciones y reparaciones artificiales y continuas. La crítica más exigente y las investigaciones más escrupulosas tienen que convenir, no obstante, en que, si bien es cierto que bajo el revestimiento interior y exterior del Santo Sepulcro se conserva actualmente muy poca piedra calcárea de la que componía el monumento primitivo, es indudable que el banco de piedra sobre el cual estuvo tendido el cuerpo adorable de Jesús, permanece aun intacto, pues en todo tiempo ha estado protegido por planchas de piedra que lo cubrían por completo y preservaban así tanto de la acción destructora de los elementos como de la devoción indiscreta de millones de peregrinos, que desde los primeros siglos vienen depositando sus besos y sus lágrimas sobre aquellas piedras venerandas.

Merecen especial mención las obras tanto de reparación como de ornato, efectuadas en la Santa Tumba, en 1555, por el Rdm. P. Bonifacio de Ragusa, Custodio entonces de Tierra Santa y más tarde Obispo de Stagno. El mismo refiere lo acontecido en las siguientes letras, que por su importancia excepcional copiamos textualmente:

«Fr. Bonifacio Stephani, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Stagno de Ragusa, á todos los que las presentes vieren, salud en Nuestro Señor.

«El año de 1555 de nuestra redención, hallándose en muy mal estado y casi medio caída, con grave detrimento de la piedad cristiana, la celebrada fábrica que encierra el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, fundada por Santa Elena, madre de Constantino el Grande, el Papa Julio III, de feliz memoria, al cual movieron con sus peticiones el invictísimo Carlos V, emperador de Romanos, de nombre y fama eternos, y su ínclito hijo Felipe, siervo de Dios, doliéndose de la inminente ruina, instantáneamente nos mandó á Nos, que á la sazón desempeñábamos el cargo de Prefecto Apostólico y de Guardián del convento de San Francisco en Jerusalén, que hiciésemos reparar lo más pronto posible aquel lugar santo que amenazaba ruina. Esto nos encargaba también con igual instancia el ilustre Señor Francisco Vargas, Embajador cerca de la república de Venecia, señalando á nombre del Emperador considerables cantidades para la construcción de aquella obra. Por esto, después de haber obtenido la autorización de Solimán, rey de los turcos otomanos, la cual conseguimos con grandes y muy difíciles viajes, graves trabajos y crecidos gastos, emprendimos con actividad la deseada obra.

«Pareciendo indispensable demoler completamente la fábrica antigua, para dar mayor solidez y duración á la que debía reemplazarla, vimos con nuestros propios ojos el sepulcro de Jesucristo, cavado en la piedra y en él dos ángeles pintados, uno de los cuales llevaba en la mano un rótulo con estas palabras: *Surrexit, non est hic*.

«El otro, señalando el sepulcro con el dedo, ostentaba esta inscripción: *Ecce locus ubi posuerunt eum*. Estas imágenes se deshicieron casi enteramente apenas puestas en contacto con el aire. Habiéndonos visto precisado á remover una de las losas de alabastro que Santa Elena había hecho colocar allí para cubrir el sepulcro, á fin de que se pudiese celebrar en él el Santo Sacrificio de la Misa, vimos patente el lugar inefable en que el Hijo del hombre estuvo por espacio de tres días: de manera que á Nos y á los que estaban presentes pareció ver los cielos abiertos. Aquel bendito lugar, en el que se echaban de ver en todas partes señales de la sangre de nuestro Salvador, mezclada con el unguento que había servido para embalsamarle, ofreciase á nuestros ojos como una imagen del sol resplandeciente. A su vista exhalamos tiernos gemidos, derramamos lágrimas y besamos con amor aquellos restos venerandos y divinos. Ninguno de los que estaban presentes, que eran muchos, pues habían acudido en tropel numerosos cristianos de las naciones de Oriente y Occidente, podía reprimir los transportes de su ternura á la vista del divino tesoro. Unos derramaban abundantes lágrimas; otros desfallecieron. ¡Tan grande era el entusiasmo, la especie de éxtasis, de santo estupor de que estaban poseídos todos los concurrentes!

«Dentro del Sepulcro sacratísimo encontramos

un leño envuelto en un precioso sudario. Habiendo tomado respetuosamente el sudario para besarle, apenas expuesto al aire, se redujo á nada, quedando sólo en nuestras manos algunos hilos de oro. Por lo que hace al leño envuelto en el sudario, contenía algunas inscripciones; pero el tiempo había borrado las letras hasta tal punto, que fué imposible reconstruir una sola cláusula, aunque en el extremo de una membrana leíanse distintamente en letras mayúsculas estas dos palabras: *Helena Magni*, lo cual nos hace conjeturar, bien que no se puede afirmar de un modo positivo, que aquel leño debía ser una parte de la verdadera Cruz, encontrada y puesta allí por la religiosísima Santa Elena, como lo dicen acordes todos los historiadores. Dejamos una cruz, hecha de aquel leño, en Jerusalén, en la capilla de Santa María de la Aparición, cerca del Santo Sepulcro, sobre el altar dedicado á la Santa Cruz. Llevamos otra parte á Roma y la dividimos en muchas cruces pequeñas, una de las cuales ofrecimos al Sumo Pontífice Pío IV, que gobernaba entonces la Iglesia. Dimos dos á los Rmos. Cardenales, hombres insignes en piedad cristiana, del título de Carpo y Araceli. Guardamos para Nos otra pequeña, que solemos usar para celebrar la Santa Misa. Con el favor de esta Santa Cruz experimentamos un milagro muy singular, obrado por el Señor, que vamos á referir aquí en pocas palabras:

«En cierta ocasión, habiendo emprendido un largo y difícil viaje, al llegar de noche á un sitio muy peligroso, llamado Bachras, en los confines de Cilicia, encontramos un pantano profundo, lleno de lodo, en el cual los mahometanos que se nos habían asociado acababan de padecer grandísimo peligro en su vida y en la de sus caballos.

«Debiendo yo entrar después de ellos en dicho pantano, estaba muy abatido, considerando el peligro manifiesto que habían corrido; y encomendándome humildemente á Dios y á la Beatísima Madre Virgen María, tomé dicha Cruz y con ella me persigné primero, y después di también la bendición á todos los demás, seculares y regulares que estaban conmigo, é inmediatamente ¡cosa admirable! aquella oscuridad de la noche se convirtió en un gran resplandor de luz, con suma alegría de todos nosotros y no menor admiración de los infieles que se hallaban presentes. Por lo cual, tanto nosotros como los que nos seguían, cristianos é infieles, pudimos atravesar fácilmente el peligroso pantano con el resplandor de aquella santísima luz, cuyo acontecimiento resolvimos hacer manifiesto para gloria de Dios Nuestro Señor y consuelo de todos los fieles. Y para mayor fe de ello lo firmamos y mandamos sellar con el mayor de nuestras armas.

«Dado en nuestro Palacio episcopal de Stagno el día 13 de Mayo de 1570. — FR. BONIFACIO, Obispo de Stagno».

Perdónesenos tan larga cita, en gracia de los preciosos detalles que contiene y de la honrosa referencia que hace de nuestro religioso y poderosísimo monarca Carlos V.

La artística restauración llevada á cabo en el templete del Santo Sepulcro por el P. Bonifacio de Ragusa permaneció intacta hasta que sobrevino el gran incendio de 1808, que destruyó la majestuosa cúpula de la basílica y la parte exterior del templete, aunque por dentro no sufrió lo más mínimo; pero los griegos cismáticos, que á precio de oro obtuvieron del Gobierno turco la autorización necesaria para reconstruir la cúpula y reparar los desperfectos causados por las llamas, demolieron el revestimiento antiguo del Santo Sepulcro, que era de mármoles finos y lo reemplazaron con jaspes del país, colocados sin el menor gusto artístico. Borraron las inscripciones latinas que había hecho esculpir el P. Bonifacio de Ragusa y colocaron en su lugar otras en lengua griega, con la aviesa intención de sostener su exclusivo dominio sobre el Santo Monumento.

La Santa Tumba permanece en la actualidad, exterior é interiormente, tal cual la dejaron los griegos cismáticos. El templete que la encierra y en el centro de la rotunda se levanta tiene 8 metros y 26 centímetros de largo, por 5 metros y 67 centímetros de ancho, con 7 metros de alto. Su techo, plano por la parte superior, está defendido por una balastrada de piedra, en el centro de la cual y precisamente sobre la celda interior, se levanta en forma de linterna una pequeña cúpula, sostenida por columnitas. Interiormente está dividido en dos capillas, la anterior de las cuales se llama del *Angel*, porque apoyado sobre la piedra que servía de puerta al Santo Sepulcro, anunció desde allí á las santas mujeres que el Señor había resucitado. Es

una especie de vestíbulo que mide 3 metros y 45 centímetros de largo, por 2 metros y 90 centímetros de ancho, y cuyas paredes están revestidas de esculturas, columnitas y bajo-relieves en mármoles del país. De día y de noche arden en esta antesala del Santo Sepulcro 15 lámparas de plata, que pertenecen las 5 del centro á los franciscanos, las 5 de la derecha á los griegos cismáticos, y de las 5 de la izquierda 4 á los armenios y la quinta á los coptos. En el centro de la capilla, sobre un pedestal aislado, hay un pedazo de la verdadera piedra que cerraba el monumento y que los peregrinos besan devotamente. Una puerta muy baja, abierta en el muro Oeste, conduce á la capilla de la Santa Tumba, que mide 3 metros de alta y 2 metros con 7 centímetros de larga, por 1 con 93 de ancha. Está interiormente tapizada de mármoles blancos, frescos é inscripciones griegas, que cubren la verdadera roca de la cueva dentro de la cual fué sepultado Nuestro Señor Jesucristo. En el lado Norte de esta sagrada capilla hay un banco de piedra, sobre el cual fué colocado el cuerpo exánime del Señor, con la cabeza hacia el Occidente y los pies hacia el Oriente. Este banco se eleva sobre el pavimento unos 65 centímetros, y mide 1 con 89 de largo, por 93 centímetros de ancho. Está abierto á pico en la peña, en forma de artesa poco profunda, empujado en las paredes de la capilla por detrás y por ambos extremos, y cubierto por delante y por arriba con láminas de mármol blanco, las cuales es preciso renovar con frecuencia porque insensiblemente las desgastan los besos de los peregrinos: 40 centímetros más arriba de la Sagrada Tumba corre en torno de los muros de la capilla una cornisa de piedra roja del país, sobre la cual se apoya el altar portátil que diariamente sirve á los católicos para celebrar el Sacrificio de la Misa. Tres cuadros, que se ven enfrente, representan á Jesucristo resucitado, y pertenecen: el del centro á los griegos; el de la derecha á los armenios, y el de la izquierda á los latinos: 43 lámparas de plata, suspendidas de la bóveda, arden día y noche en este augusto recinto, y son propiedad 13 de los franciscanos; 13 de los griegos; 13 de los armenios, y 4 de los coptos. Estos últimos no tienen derecho á oficiar nunca dentro de la Santa Tumba. Exteriormente el templete es prolongado, su fachada ó parte anterior rectangular, y semicircular su parte posterior. En el centro de dicho semicírculo exterior poseen los coptos una pobre capilla, cerrada con verja de hierro y en la cual celebran sus oficios. Dos escaleras laterales conducen interiormente desde la capilla del Angel al techo del monumento y al pequeño cimborrio con que termina. En los mismos lados se ven dos agujeros redondos, que sirven á los griegos para distribuir al pueblo el fuego sagrado, que suponen descende del cielo el Sábado Santo. Numerosas lámparas cuelgan exteriormente en torno del templete las comuniones cristianas durante sus oficios solemnes. Frente á la puerta del monumento está el pobre y pequeño coro de los latinos, desde donde se abarca con la vista la airosa cúpula, el templete y la rotunda.

Todos estos detalles arquitectónicos y de ornato pasan inadvertidos las primeras veces que se tiene la dicha de penetrar de rodillas en la Santa Tumba. Dos misas he ayudado y oído dentro de aquella tan angosta como augusta capilla, y una vez he tomado la comunión en su pequeña puerta de entrada; pero aunque las emociones allí sentidas no se han borrado ni se borrarán nunca de mi memoria, no hay paleta que tenga colores suficientemente vivos y delicados para pintarlas, ni pluma tan hábil que sepa trasladarlas al papel. La fábrica del monumento es pobre, recargada, sin gusto artístico, sin preciosidades de ningún género, gracias á los cismáticos; pero ¿qué importa todo esto al lado del incalculable precio moral de aquel recinto? No hay en todo el orbe lugar alguno tan sagrado, que inspire más devotos pensamientos, ni emocione con más fuerza los corazones y las almas. El pecho se oprime de placer santo, las lágrimas corren hilo á hilo por las mejillas, los labios no se cansan de besar aquellos sagrados mármoles; embriágase el olfato aspirando los aromas del incienso y del agua de rosas con que diariamente lavan los griegos el pavimento y las piedras que revisten el Sepulcro, se arroba el alma contemplando la Resurrección gloriosa, vuela el tiempo con rapidez incontable, y desde allí quisiera volar también el peregrino con Cristo su bien á las delicias de la gloria. El Calvario contrista y el Santo Sepulcro regocija, porque al *resurrexit* del alma cristiana se llega infaliblemente por medio de la contrición y de la penitencia.

M. POLO Y PEYROLÓN.

<sup>1</sup> Copio literalmente este documento de la obra, tantas veces citada, *Santiago*, etc., tomo II, pág. 355 y 356.



## LA AGONÍA DE UN PUEBLO

RECUERDOS HISTÓRICOS.

No se ofrece en la historia de la humanidad un pueblo más avasallador y afortunado en sus conquistas que el fundado por Rómulo, cuyos monarcas y soldados llevaban los nombres de Curcio, Scipión y César. La heroicidad de sus guerreros les hizo semi-dioses; una epopeya fué cada uno de sus atrevidos empeños, y porque su engrandecimiento llegara á ser asombrosa maravilla, el genio latino, logrando emular la cultura del docto pueblo heleno, dió vida á los intérpretes más sublimes de la belleza llevada á su mayor perfección, en la elocuencia, la poesía y las artes. Las corrientes llegadas de la patria de Homero revistieron á la nación batalladora de esa grandeza artística que no puede existir sin sentimientos delicados y exquisito gusto. Roma pagana asombra al mundo con la exuberancia de su fuerza, sus aspiraciones realizadas y sus glorias sin iguales; todo lo cual le imprimen un sello característico de omnímodo poderío y magnificencia. Pero estos mismos elementos de prosperidad son al cabo su perdición y ruina. Su mismo refinamiento de lujo, su inclinación á los goces materiales, su sensualismo grosero favorecido por su religión, y otros vicios perturbadores eran fatales presagios de ignominiosos días, y hacían presentir que una nueva civilización seguiría inevitablemente á tanta ceguedad y locura, cuando éstas llegaran á sus más degradantes extremos. Habíanse de olvidar en afeminamiento tan vergonzoso, torpe molición y despiadada maldad, aquellas glorias alcanzadas por la lanza de Quirino en las llanuras del Lacio y por la insaciable sed de gloria en extranjeros y remotos países. Presentíanse con inquietud en las conciencias honradas que el imperio del paganismo tocaba á su fin. Los sordos rugidos lanzados desde la arena del anfiteatro por el león de Africa llegaron á sonar mejor en el oído del romano que las elocuentes palabras de Cicerón y los sublimes versos de Horacio y Virgilio, y gozaba aquél más ante la arena empapada en sangre humana, que prestando su atención á los dogmáticos y donosos acentos de la Musa de Terencio.

Desde el siglo de Augusto se marca de un modo más rápido la decadencia de la que, matrona antes severa y digna, iba trocándose en la bacante impúdica, desposeída de todas las virtudes y entregada á todos los vicios. Acostumbrose á ver cómo pasaba la púrpura imperial de un César á otro, por medio del asesinato ó la veleidad de las legiones; cómo se derramaba la sangre inocente sobre el suelo latino y se imponían bárbaros tormentos; cómo se perseguía á una nueva secta que no la acompañaba en sus desórdenes, antes bien ajustaba su conducta á los más puros principios morales; cómo el hombre luchaba con el hombre para recibir los aplausos otorgados en su agonía, y cómo seres indefensos eran arrojados á la cruenta ferocidad de las hienas estimuladas por el hambre.

Monstruos ceñidos de la corona que se impone en la frente de los soberanos, acaso impuras meretrices, eran los árbitros del pueblo que así pretendía rasgar las páginas de oro de su historia, y no era pues mucho que tan extremadas iniquidades tuvieran un término desastroso. En el período en que Roma se hallaba casi á punto de tocar el borde del abismo hacia el que apresuraba su ciega marcha provocando con insolente cinismo sus desventuras, comienza el desfile de esos sombríos personajes, dominadores del mundo, que sólo han sido afrenta de su historia. No exageramos la degradación del imperio de los Césares. Hemos de exponer con la brevedad posible cómo se heredaron el poder, con pocas excepciones, los que tanto contribuyeron á una catástrofe de las que hacen época en los anales de la humanidad, inspirados los más por esa insensatez funesta, nacida del desenfreno de las pasiones y la soberbia desmedida.

Dilatadísimo era el imperio que cupo á Augusto al verificarse el tránsito de la república á la monarquía; cerníanse sus águilas sobre el Danubio y el Rhin, sobre la Armenia y el Eufrates, y sobre las desiertas llanuras africanas. Las razas extranjeras que habían perdido su independencia y su libertad en titánicas luchas, acrecentaban en su penosa servidumbre su odio á sus dominadores. Ya en el reinado de aquel emperador comenzó á iniciarse el amenazador movimiento de los pueblos esclavizados, contra la tiranía de las armas invasoras y ya el mismo Augusto no pudo menos de fijar con espanto su vista en el Norte de la Galia.

Tiberio sucedió al primero de los emperadores romanos con cualidades más peligrosas para la felicidad de su pueblo. Sus instintos sanguinarios, é hipó-

critas apariencias, en un principio para encubrir mejor sus licenciosas inclinaciones y otros vicios, hasta que hizo cínica ostentación de éstos, bajo todos sus aspectos repugnantes, demostraron que era un sér de corazón inhumano, cuya suspicaz tiranía fué un peso abrumador para su pueblo. Las últimas impresiones que dejó este sensual monarca ya en la vejez fueron el espectáculo de sus placeres y sus fiestas disolutas en la isla de Caprea. Ocupó el solio romano después de este príncipe lascivo un sér abominable á quien un tribuno de las guardias pretorianas, soñador de nuevas repúblicas imposibles, atajó con su espada en sus crueldades feroces, en sus demencias, sus incestos y sus crímenes. Al execrado nombre de Calígula, que fué el suyo, no es necesario añadir una palabra más, para recordar su insensata soberbia y su alma despreciable. El imperio de Claudio, que le siguió, aclamado por la soldadesca, no fué menos odioso. La impúdica Mesalina, su esposa, que se arrogó con sus libertos todo su dominio, es la repugnante figura que le acompañó en su trono para caer de sus gradas al fin sentenciada á muerte. Agripina, madre ya de un monstruo, sucedió en el tálamo nupcial á la que afamó su nombre con sus infamias, y dió fin á su vez á la existencia del débil é imbécil monarca, con el veneno preparado por su mano.

Pero aun el pueblo de Roma no había sufrido el mayor de los castigos del cielo. Faltábale tener por su dominador á un sér, vergüenza de la raza humana y símbolo de todas las abominaciones, aun de las más inconcebibles. Con horror se recuerdan los hechos de su vida, y á la verdad que sólo un pueblo tan degradado ya entonces merecía el vilipendio que le alcanzaba sufriendo su dominio. Nerón era su nombre. Jamás latió bajo la púrpura de los Césares un corazón más abyecto. Criminal impudente, disoluto soez, cruel asesino, frío incendiario, incestuoso parricida, el mayor y más despiadado enemigo de la nueva grey cristiana, ofrece su odiosísima figura entre el humo de las hogueras á que entrega á la ciudad augusta y los vapores de sangre en que se encharcan sus pies calzados con el coturno imperial. Este hombre inicuo ahogó la voz de Séneca, el preceptor de su juventud, y aglomeró sobre sí tantos crímenes y monstruosidades, que no son ni aun para recordados. Dióse la muerte al verse al fin rechazado y perseguido como enemigo de su patria, y con él se extinguió la familia de los Césares que le habían precedido en la soberanía de Roma.

Esta comienza á ser más breve en los que la alcanzan, porque las impacientes ambiciones procuran por medio del asesinato en más de una ocasión dejar vacante el solio para el más atrevido. Galba recibió entonces de los pretorianos el cetro del imperio; luchó con la indisciplina de éstos y no pudo ser tirano, porque lo fueron á su vez de él sus libertos y pereció al fin á manos de los mismos que le dieron el poder. Siguióle Othón en efímero reinado, y no logrando vencer á Vitelio, que á la vez fué proclamado César, vencido é impotente dió término á esta lucha quitándose la vida.

Vitelio no desmerecía de sus predecesores Calígula y Nerón. Los desmedidos placeres, los vicios, el desorden fastuoso y prodigalidades sin límites señalaron su reinado. Halló el fin que le cuadraba, vencido por las armas que se rebelaron en su contra, no obstante que ante el riesgo pretendió hacer cobarde y vergonzosa abdicación. Después de haber sufrido los escarnios de la plebe, que siempre en tales casos es tan feroz como inhumana, se vió arrojado en las aguas del Tiber, donde pereció miserablemente.

Vespasiano, su inmediato sucesor, aclamado antes de su muerte desastrosa, prescindiendo de su mayor defecto, la avaricia, se mostró más bien inclinado á corregir los vicios de la sociedad romana, y sobre todo su excesivo fausto, una de las mayores causas de su decadencia y corrupción. Plausibles eran sus tendencias, pero no obtuvieron sus afanes el resultado apetecido. Temióse que Tito, su hijo y sucesor en el trono, hiciera lamentar su falta por su carácter violento y licenciosas costumbres, y no fué así. Este emperador parece interrumpir la cadena que eslabonaba los defectos de unos y otros tiranos, avasalladores del mundo. Roma respiró breve tiempo en una atmósfera serena y tuvo un príncipe deseoso de sus prosperidades. Poco le duró su bienandanza, porque el veneno fratricida se encargó de cortar en su juventud el hilo de su existencia.

Aunque tan nefando crimen debió atormentar la conciencia de Domiciano, quiso éste ser hipócrita, pero en vano aparentó seguir las huellas de su víctima, porque al cabo demostró lo que era y emuló, si no llegó, á aventajar en maldad algunas veces, á Tiberio y aun al mismo Nerón. Gozabase en presenciarse la agonía de los que eran condenados á sus sentencias, y la sangre del cristiano, derramada copiosamente, enrojeció todas las comarcas del impe-

rio. Inhábil guerrero, sufrió ignominiosas derrotas, y al fin, recibió la muerte á que estaba predestinado, dada por su propia mujer, auxiliada de los descontentos. Esta sufrió á su vez la que merecía. Maldicida fué la memoria de tan funesto gobernante; derribadas sus estatuas, y sólo un Senado envilecido, lloró la que no era en verdad una pérdida para la patria, secundado sólo por una soldadesca miserable.

Después de todo un siglo de desdichas y vilipendios comenzó para Roma la feliz época de los Antoninos; así fué llamada. Nerva, el primero de estos emperadores, corrigió arraigados vicios y abusos y rehabilitó el prestigio del Senado. Ya en su ancianidad, adoptó á un español ilustre, jefe de las legiones de la Germania. Después de haber pacificado Trajano, este era su nombre, las comarcas del Rhin, entró en Roma, donde tuvo tal acierto para el gobierno de sus estados, que todo fué prosperidad, justicia y bienandanza para ellos. Captóse por lo tanto el afecto de su pueblo que sólo había conocido déspotas inicuos, en vez de bienhechores. Una nube sombría oscurece, sin embargo, la gloria de este príncipe, que fué asimismo batallador afortunado. Los seguidores de la religión de Cristo siguieron siendo víctimas de su encono. No se le deben, además, las mismas alabanzas por su conducta en su vida privada. Dejó en herencia á Adriano, su sucesor, las gloriosas conquistas por él alcanzadas, pero no le fué dado conservarlas á éste, á pesar de ser entonces fuerte y robusto el poderío del imperio. ¡Extraño corazón el suyo! Mezcla de hombre cruel y benéfico; digno de encomio por la protección que dispensó á las letras y las artes, por su conmiseración y benevolencia con los que sufrían la esclavitud, eclipsaba al mismo tiempo estas cualidades con su carácter irascible y su sometimiento á perjudiciales influencias.

El galo Antonino fué el llamado á sucederle. Jamás pudo soñar aquella Roma tan castigada de tiranos desmedidos que había de alcanzar una época como la que le proporcionó este emperador, apellidado *el Pío* y padre del género humano. La paz y la abundancia acudieron en dulce consorcio á secundar sus deseos de procurar el bien de las gentes á quienes le daba regir el destino. No logró igual fortuna su hijo y sucesor Marco Aurelio. Verdad es que no pocas calamidades hicieron imposible aquella tranquilidad tan inusitada en el desgraciado suelo latino. Rebeliones extranjeras, inundaciones, pestes y como compañera inseparable de estos infortunios, el hambre, unido todo á la persecución que se renovó contra los cristianos, hicieron su imperio más agitado y parecido á lo que había llegado á ser el estado normal de un pueblo siempre en agitaciones y turbulencias.

Bien efímero puede considerarse el período de paz antes logrado, merced á la prudencia y nobles cualidades de aquellos á quienes la suerte les entregó el dominio del mundo. Cómodo, el hijo de Marco Aurelio, obtuvo éste en hora desdichada. Reprodujo las escenas de otros tiempos, amenguando el prestigio de su soberanía. Púsose en paz con los bárbaros para entregarse sin inquietudes á sus placeres, uno de ellos el menos conforme con su dignidad; la lucha cuerpo á cuerpo con los gladiadores. Se dedicó incesantemente á este ejercicio brutal y grosero alentado por sus favoritos, aduladores despreciables que acabaron por hacer de él un tirano vicioso. Siempre amenazado su poder por continuas conspiraciones, sucumbió al fin entre los hercúleos brazos de un atleta, que ahogó su aliento y acabó de este modo la obra del veneno que hubo apurado antes.

Pertinax, elegido por el Senado para reemplazarle, como honrado y digno que era, trató de remediar los males renovados, haciendo renacer aquella tranquilidad fugitiva; pero la espada del pretoriano le buscó en su palacio mismo, y se sepultó en su pecho. Tres aventureros se disputaron entonces el poder, ofreciendo el vergonzoso espectáculo de su ambición desmedida. Uno de ellos, Dido Juliano, dándose la muerte, terminó su breve reinado, siendo Séptimo Severo el que logró al cabo revestirse de la púrpura imperial, y derrotar y hacer sucumbir á Albino, el otro de sus competidores. Designó como sucesor suyo á su hijo Caracalla, después de haber logrado una señalada victoria contra los Partos. Acudió también á Bretaña para contener á los pueblos Caledonios, é hizo levantar aquella muralla que llevo su nombre. Fué caudillo afortunado, pero de crueles instintos y duro carácter y de los que con más saña persiguieron sin tregua á los partidarios de la doctrina del Evangelio.

Vamos ofreciendo con la mayor brevedad posible esa serie de sombríos dominadores, en su mayor parte, de un pueblo de viciadas costumbres, en el espacio de dos siglos; porque no de otro modo se podrá comprender la marcha decadente de la moral





ESCENA DE CAZA.

Ayuntamiento de Madrid





LA NOCHE.

Cuadro de El Correggio.

pública, de la grandeza de carácter de la raza latina, basta llegar al reinado de Caracalla, desde cuya época se acentúa aún más la agonia de la nación arbitra de los destinos del mundo.

Caracalla fué un gobernante criminal y funesto. Sólo faltaba á Roma para más envilecerse, después de sufrir el despotismo de tantos Césares odiosos, la anarquía y el vengativo esfuerzo de los bárbaros, este nuevo dominador, este azote con que sin duda castigaba la Providencia el olvido de todas sus antiguas virtudes. Asociado á su hermano Geta, según la voluntad de su padre, subió Caracalla al trono. Con él debía comenzar á regir los destinos de Roma y él fué su asesino, imponiéndole á su madre que no llorase su muerte. Quitándose el antifaz de su hipocresía, mostróse tal cual era, cruel, inhumano y violento. Sacrificó á su suspicacia con brutal fiera á cuantos creyó adictos á su víctima, y pocos momentos después de su fratricidio se dirigía este monstruo, á quien servía de escudo á sus maldades la púrpura imperial, seguido de algunos esclavos cargados con parte de las arcas del tesoro de Séptimo Severo, su padre, al campamento de los pretorianos, situado á una milla de

Roma, donde las legiones comentaban en desorden el suceso acaecido que rápidamente había llegado á su noticia. Allí hizo creer á la soldadesca que estuvo en riesgo de perder la vida, logrando la sanción de su crimen entre frenéticas aclamaciones debidas á sus prodigalidades. Tan impío asesinato no era más que el preludio de otras iniquidades que habían de inaugurar su cínico dominio sobre Roma. Respirábase ya en la capital del imperio una atmósfera de sangre. La horrible hecatombe que antes indicamos llenó de espanto á las almas honradas. Hasta el mismo Pompiliano, á quien parecía preservar de tan cruel destino el puesto que ocupaba, su espíritu conciliador, sus servicios al Estado, su saber y sus virtudes, sufrió sangrienta muerte en presencia de tan odioso déspota. Su delito fué haber pronunciado aquellas palabras que la historia ha conservado, al exigírsele por el tirano que escribiese la apología de su crimen «¡Es más fácil cometer un fratricidio que justificarlo!» El furor de la demencia pareció haberse posesionado de tal hombre de corazón inhumano, hasta el extremo de llevarle al sarcasmo del crimen. El mismo fraticida mandó fundir esta-

tuas de su hermano para elevarlas en altos pedestales, y al pedirle el Senado su apoteosis en sus incomprensibles rasgos de insensatez, llegó á decirle: *Sit divus dum non sit vivus*. ¡Sea dios, con tal que no esté vivo! Sé tan miserable y vil, aunque se engalanara con las vestiduras de un Alejandro y un Aquiles para recorrer, devastándolas, la Galia, el Asia, y las provincias danubianas, al oírse apellidar el moderno Edipo por una de sus más inconcebibles monstruosidades, sació su venganza en la sangre de un sinnúmero de víctimas. El lo fué de sus soldados en medio de los estragos á que le movía el frenesí de su maldad, en Siria y Mesopotamia.

Habíase extremado la perversión en todas las clases del pueblo al llegar este momento de la historia romana. Mostrábase el Senado ensobrecido, y la paz pública estaba á merced de los pretorianos. Ya hemos visto, aunque rápidamente, de qué modo arrastraron por el cieno la púrpura imperial, hasta empaparla en sangre en la arena del Circo y á los pies de una Mesalina, los que alardeaban audazmente de su ambición y sus crímenes y conseguían colocársela sobre sus hombros. Habíanse borrado ya



de la memoria los nombres de los Gracos, de Virgilio, de Scévola y de tantos y tantos varones ilustres, porque su recuerdo era amarguísima reconvención para los que así deshonraban el suelo que asombraron con su patriotismo y grandeza.

Aun le quedaba á Roma después de este período en que reinó Caracalla y del breve de Macrino, monarca de un instante, vencido y muerto con su hijo á manos de sus indisciplinadas legiones, la ignominia de ser regida por el que, oprobio de la humanidad, llevó el nombre de Heliogábalo, tirano fastuoso, cruel y afeminado, que llegó hasta el último grado del más abominable envilecimiento, sin cuidarse de su dignidad de hombre y de monarca, y que halló perseguido una muerte innoble; aun le quedaba que sufrir las violencias, iniquidades y malas pasiones de otros dominadores no menos envilecidos y despiadados, y presenciar, después de haber gozado el venturoso reinado de Alejandro Severo, perfecto observador del bien y seguidor del precepto cristiano de no hacer el mal á otros que no se quiere para sí, como este justo gobernante sucumbía al mismo tiempo que su discreta madre Mamea, al acero movido por el ambicioso Maximino y puesto en la diestra del soldado indisciplinado y rebelde.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

(Se concluirá.)

## CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO

### DE LA DIÓCESIS DE MADRID-ALCALÁ SOBRE EL DUELO

(Conclusión.)

**Q**UÁNTAS veces por motivos tan ligeros, y aun por otros más frívolos, se lanzan los duelistas á escenas feroces y sangrientas, en donde antes de luchar el hombre con su adversario tiene que sostener un combate consigo mismo, tanto más terrible, cuanto es más secreto y escondido! Conoce que es malo el acto que va á ejecutar, su conciencia se subleva y le reprueba, su razón le dice que es injusto é inmoral, su corazón presiente la trascendencia que ha de tener, y su naturaleza se agita y estremece ante el peligro próximo de morir ó de matar á su contendiente. En la posibilidad de que suceda lo primero se agolpan á su imaginación imágenes sombrías que le atormentan cruelmente; se le representa su anciano padre, cuyos días han de abreviarse con la noticia de suceso tan doloroso; se le representa su virtuosa esposa cubierta de luto llorando desconsolada su viudez, sus queridos hijos condenados sin culpa suya á una desgraciada orfandad, la animación y dulce alegría que reinaban en su casa reemplazadas por el dolor y silencio de la muerte; y finalmente, la fortuna que había ganado á costa de sacrificios y desvelos se ofrece á su consideración como edificio convertido en ruinas por faltarle la base y la cimentación.

Ante esa lucha horrible contra la naturaleza y contra todos los sentimientos de su alma, quisiera desistir del duelo, pero le falta valor para declarar esa resolución; pues se lo impide el respeto humano y la falsa idea del decoro y del honor. Mientras su espíritu está turbado en el interior, véase obligado á mostrar serenidad en el exterior; su ilustración le dice que el punto de discordia debe ventilarse en el terreno legal, y su amor propio le impulsa á terminarle por un procedimiento de notoria crueldad; su condición de creyente le hace temer los anatemas de la Iglesia y la indignación de Dios, y la prudencia humana le quita esos temores para que se someta al imperio de salvaje preocupación; y finalmente, en medio de ese movimiento de corrientes encontradas, sintiendo cada vez más violencia en su corazón, se acerca el momento del llamado lance de honor, y dejándose vencer de prejuicios insanos y vulgares, abandonando secretamente el hogar doméstico, sin despedirse de su angelical esposa por no contristarla, y sin besar las mejillas de sus queridos hijos, para que no sientan la frialdad anticipada en sus labios por el crimen que va á cometer, marcha al campo de sangre, en donde, para probar su inocencia, pone en manos de su enemigo las armas con que éste le ha de herir ó asesinar. Si principiado el acto punible la casualidad le depara el primer accidente, queda fuera de combate, y al caer al suelo bañado en sangre, destrozado un miembro de su cuerpo por afilada espada ó implacable proyectil, da por terminada la discordia; y mientras se queda con el agravio que antes

le había inferido su contendiente, de quien no ha recibido ninguna satisfacción, y además con la herida de pronóstico reservado, que le inhabilita para proseguir ejerciendo su profesión y sostener con decoro su posición social, la opinión extraviada, cuyo consejo siguió, para consolarle le dice: *Estás herido é inutilizado, es verdad; pero has puesto á salvo tu honor.*

¿Puede darse aberración más monstruosa, ni ultraje más grave contra la moral y la sana razón? Con sobrado fundamento el anatómico Francisco Gall, á pesar de sus ideas materialistas, pudo decir hablando del duelo: *Por más que haga para transportarme á los países y á los tiempos más bárbaros, nunca podré concebir cómo se permite el dejar subsistir tan cruel inhumanidad. ¿Qué valor hay, ni qué honor, en matar ó hacerse matar por algunas palabras que os incomodan, por la reputación ó por la admiración de una mujer vanidosa y frívola, que mañana, tal vez, ha de reírse de vosotros?* El mismo Rousseau, cuya ortodoxia no puede inspirar recelos á los enemigos de la Religión, censura duramente á los duelistas, diciéndoles: *El que va á batirse con la alegría en el corazón no es á mis ojos más que una bestia feroz, que trata de despedazar á otra; y si queda algún vestigio de sentimiento natural en su alma, compadezco menos al que perece que al vencedor. Nada es menos honroso que ese honor con que se mete tanto ruido; no es más que una moda insensata, una falsa imitación de la virtud, que se adorna con los crímenes más grandes. El honor del hombre que piensa noblemente... no se defiende, ni con la espada, ni con el escudo, sino con una vida íntegra é irreprochable; y este combate vale más que el otro, tratándose de valor.*

De todo lo que queda dicho acerca del duelo podéis conocer, amados hijos nuestros, cuál es su origen, su malicia, su gravedad y sus funestas consecuencias ante el juicio sereno é imparcial de la ley natural, de la razón humana, de la filosofía, de la conciencia, de la moral, de la Religión, del Derecho canónico, de la Legislación civil y hasta de los sectarios del error y de la impiedad; y de todo ese conjunto de luces y testimonios llenos de autoridad científica resulta que semejante costumbre, que encierra en sí misma simultáneamente la crueldad del suicidio y del homicidio, es en absoluto incompatible con el espíritu, con las ideas, con los sentimientos, con las instituciones y con las doctrinas de un pueblo verdaderamente cristiano, cuya moral pura y santísima, que está por encima de todas las opiniones y escuelas, le condena y reputa como un crimen premeditado, solemne, público y escandaloso. Es además una deshonra grandemente humillante para la sociedad contemporánea, porque el duelo ha sido, es y será siempre el signo característico de degradación, de retroceso y de embrutecimiento del país en donde ha dominado y recibido los honores de tribunal supremo para dirimir, bien sea puntos de derecho, ó bien cuestiones personales. Por eso el docto Carlos Dupin, Magistrado del Tribunal de Casación en Francia, á pesar de sus opiniones jansenistas y de su marcada afición á los principios de la revolución de 1789, decía que *el duelo es el estado salvaje, la razón del más fuerte, del más diestro y alguna vez del más insolente.* Es la forma primitiva y rudimentaria que se adoptó por los pueblos ignorantes y salvajes para dilucidar el derecho entre dos partes disidentes, así en materia civil como criminal; lo cual, según el eminente Barnabita, Cardenal Gerdilio, provino del abuso de la libertad que predominaba en las tribus bárbaras, para llevar la devastación por donde quiera que ponían sus pies; del error en que estaban, creyendo que la justicia no podía alcanzarse más que por la fuerza, y que el honor consistía en el valor muscular; y últimamente, de las creencias supersticiosas que profesaban en su religión, estando persuadidos de que en el duelo había de revelarse el juicio de su dios á favor del inocente.

Pretender restablecer, conservar y justificar el idiotismo de semejante costumbre en las instituciones y hábitos de la vida moderna, equivaldría á dar un salto inmenso para retrogradarla á los tiempos mitológicos ó prehistóricos, ó por lo menos, á someterla al Código de Manú y á la ferocidad de los primeros pobladores de la Escandinavia, lo cual no puede intentarse por nadie que esté en el uso pleno de sus facultades intelectuales.

Pero no basta rechazar el duelo en el orden científico, sino que es además necesario que todos los hombres ilustrados y los que tienen la dicha de profesar la Fe Católica le combatan también en las costumbres y en su vida práctica, porque de nada serviría disertar contra él para desacreditarle, si después, á pesar de sus conocimientos y cultura, le autorizaban con su detestable ejemplo, y se guiaran por opiniones extraviadas y vulgares preocupaciones.

Asimismo, para evitar un mal de esa naturaleza, es

indispensable quitar antes todas las ocasiones de caer en él, y remover las causas que le producen y sostienen: y no cabe dudar que entre esas causas ocasionales y determinantes del duelo, además de la ignorancia en materia de religión, la falta de fe y la omisión en el cumplimiento de los deberes cristianos se hallan la lectura de malos libros, las representaciones teatrales llenas de peligro, y los extravíos de la prensa. Toca á los padres de familia en primer lugar vigilar para que no entren en el hogar doméstico, ni caigan en manos de sus hijos, los impresos, novelas y libros en que predomina un género de literatura depravada, que perturba el espíritu y corrompe el corazón de la juventud, inhabilitándola para los sentimientos nobles, y dejándola puerta franca para todos los vicios. Esa clase de producciones está llena de narraciones que fascinan, y de episodios exagerados y terribles, preparados y calculado su efecto, á propósito para irritar la sensibilidad del lector, para exaltar sus pasiones y para inspirarle instintos de disgusto y odio contra sí mismo, y de ruina, destrucción, sangre y aversión contra sus semejantes.

Ni es menor el daño que causa el teatro; porque así como dirigido y vivificado por el espíritu cristiano, sería una gran escuela para la propagación de los sanos principios de orden, de justicia y de moralidad, así también, tal como funciona en nuestros días, es con frecuencia el medio más directo y poderoso, puesto al servicio de la malicia intelectual, para esparcir densas tinieblas en el hermoso horizonte de la verdad, corromper las costumbres públicas, y causar dolorosas convulsiones en la familia y en la sociedad. Se inventan abusos y males imaginarios, á fin de enseñar después en el escenario vicios ciertos para corregirlos; se suponen grandes desgracias, capaces de agotar la caridad y compasión del corazón, para no encontrarla después en éste cuando se la interese á favor de las que son positivas y reales; para desacreditar la religión se refieren las angustias de un alma, que lucha entre la duda y la fe, quedando ésta vencida y relegada como una mera ilusión; y finalmente, en odio á la unión conyugal, se exageran los escándalos del matrimonio y las venganzas y escenas horribles habidas en el mismo, para llegar al asesinato ó al divorcio, como medios legítimos y laudables, de conseguir en la libertad de las pasiones y de la sensualidad la paz y felicidad que no se hallan garantidas á los pies del altar, ni ante el signo de la Cruz.

Por medio de esa enseñanza peligrosa, que afecta fuertemente á los sentidos y exalta la imaginación, en fuerza de encadenar trágicas aventuras, acontecimientos terribles, catástrofes sangrientas y escenas de fuego y de horror, se familiariza á las generaciones con las ideas del crimen, de venganza, de anarquía y de total destrucción, resultando de esas ficciones intencionadas del drama inmoral el choque de las pasiones y las profundas conmociones que se sienten luego en el orden social. Considerad los teatros, dice Carlos Dupin, *haciendo las veces de escuela de corrupción y de maldad, pisoteando las virtudes más santas con el deliberado propósito de halagar, de admirar y de hacer apetecible el duelo, el homicidio, el parricidio, el envenenamiento, el estupro, el incesto y el adulterio, y preconizando estos crímenes como la fatalidad gloriosa de espíritus superiores, y como un progreso de las almas grandes, que se elevan sobre la virtud de los idiotas, de la religión de los simples y de la humanidad del pueblo común. Esa literatura ponzoñosa conduce directamente á la barbarie por medio de la corrupción.*

También la prensa es una de las causas, por lo menos ocasionales, de los llamados lances de honor, en los cuales dispone el hombre de lo que no es suyo, hace un robo sacrilego á Dios y comete un atentado contra la naturaleza. Los anuncios y reseñas detalladas de los desafíos, la publicación de las cartas que se cruzan entre los duelistas y entre los padrinos de los mismos, la descripción minuciosa del suceso sangriento, la apología que de él se hace, las actas que se levantan, las condiciones que se estipulan y las demás circunstancias que se dan á la publicidad sobre esa clase de accidentes escandalosos, son otros tantos motivos que predisponen el ánimo á reproducirlos. Los amigos de la humanidad, dice el célebre alienista Esquirol, *deben reclamar contra la publicación de escritos que inspiren el desprecio de la vida y ensalzan las ventajas de la muerte voluntaria. Deben pedir con instancia que se prohíba a los diarios el anunciar y referir las circunstancias minuciosas del asesinato, porque los ejemplos que provocan á la imitación son contagiosos y funestos. La libertad de escribir no puede nunca prevalecer contra los verdaderos intereses de la humanidad.*

Notoria, como lo es, la gravedad del duelo de cuyo horrible pecado sólo puede absolver el Romano Pontífice, no podemos menos de exhortaros, amados hijos nuestros, á que prestéis cada uno vuestra



cooperación, según os lo permitan las condiciones de vuestro estado, de vuestra posición, vuestra ciencia y del cargo que ejerzáis en la sociedad, para que desaparezca completamente de entre nosotros esa costumbre degradante, que por su misma naturaleza constituye una ofensa grave contra Dios, un desprecio público de nuestras leyes patrias, y una transgresión funesta de la misma ley natural.

Ya que, desgraciadamente, el amor que por reflexión, por virtud y por el mismo instinto de conservación, debemos tener a la vida no son garantía ni medio bastante eficaz en los duelistas para impedirles que atenten contra ella, pongamos cerca de ellos nuestra relativa influencia y además nuestra caridad, a fin de que desistan de su culpable propósito, y de que, inspirándose en los sentimientos de generosa indulgencia y mutuo respeto, y en los deberes que les impone su alta dignidad de seres racionales y la santidad de nuestra Religión, se perdonen recíprocamente sus agravios, olviden sus resentimientos, vivan en fraternal concordia, y se complazcan en disfrutar de los incomparables beneficios que están vinculados a la paz y a la reconciliación.

Acreditad vuestra dichosa condición de cristianos, no por los adelantos de la industria, ni por el apogeo de las artes, ni por los esplendores de la literatura, sino por el amor que os tengáis unos a otros. En eso conocerá el mundo que sois discípulos de Jesucristo y custodios fieles de las venerandas tradiciones, de los ejemplos edificantes y de la fe que os legaron vuestros padres y vuestros antepasados. Procurad que vuestra vida privada, vuestros actos públicos, vuestros pensamientos y todas vuestras obras lleven por principio informante la ley del Evangelio, por manera que, guiados de su purísima luz, consigáis que en vosotros preceda la virtud a la ciencia, las buenas costumbres a los conocimientos humanos, y el cumplimiento de los deberes al dominio de las artes. De ese modo, y auxiliados de la divina gracia, iréis acumulando un precioso tesoro de merecimientos en esta vida, para gozar después de la bienaventuranza en la gloria.

Como presagio de dicha tan incomparable, que a todos os deseamos, os damos Nuestra Pastoral Bendición. En el nombre del  $\text{P}$  Padre, del  $\text{H}$  Hijo y del  $\text{E}$  Espíritu Santo. Amén.

Dada en Nuestro Palacio Episcopal de Madrid a 26 de Agosto de 1887.— $\text{C}$  CIRIACO MARÍA, OBISPO DE MADRID-ALCALÁ.—Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor, *Dr. Cayetano Ortiz*, Vicesecretario.

## LAS VIRGENES LOCAS Y LAS PRUDENTES

(PARÁBOLA.)

Consuelo de la vida,  
virtud es la prudencia,  
cuya profunda ciencia  
conviene atesorar;  
pues la razón turbada  
y el paso vacilante,  
en senda extraviada,  
feliz logra encauzar.

Provistas de sus lámparas,  
diez vírgenes salieron,  
porque esperar debieron  
rindiéndoles honor,  
la esposa y el esposo  
que al dulce hogar tornaban,  
formado el venturoso  
nupcial lazo de amor.

Las vírgenes prudentes,  
en lo inseguro fijas,  
llevaron en vasijas  
con sabia previsión,  
para que no amortiguase  
la luz su ardiente llama,  
aceite que la inflama  
en viva combustión.

Y cuando a media noche,  
luchando con empeño  
contra implacable sueño,  
llegáronse a dormir,  
oyeron cuál gritaban,  
que a todas las llamaban  
por que al esposo fuesen  
al punto a recibir.

Las vírgenes prudentes  
sus luces aderezan,  
que brillan esplendentes

con nuevo resplandor,  
en tanto que las fatuas,  
al ver que por instantes  
las suyas, espirantes,  
perdían el vigor,

A las primeras piden  
con angustiado ruego  
aceite con que luego  
la luz pueda surgir;  
pero responden ellas:  
— « Quizá para nosotras  
también falte. Vosotras  
comprar debéis. Salid. »

Y mientras lo buscaban  
por la ciudad desierta,  
llamaron a la puerta,  
que abrieron sin tardar  
las vigilantes vírgenes;  
Y entrando los esposos  
amantes y dichosos,  
tornaron a cerrar.

Las vírgenes prudentes,  
que cuidadosas fueron,  
gozaron sonrientes  
del plácido festín.  
Pero al llegar más tarde  
las fatuas, no lograron,  
por mucho que rogaron,  
las puertas ver abrir.

El reino de los cielos  
tal símbolo presenta;  
y pues el hombre alienta  
buscando la verdad,  
que nunca sorprendido  
venir mire la muerte,  
que Dios, amable, advierte:  
— « ¡ Velad siempre, velad ! »

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

## EMILIA

I

**S**ENTADOS al amor de la lumbre, Valentín y yo hablábamos de un hombre dotado por la fortuna con los mayores beneficios, que pocos momentos antes se nos quejaba amargamente de la vida y del Autor de la naturaleza. Un hombre que, hallándose en una posición desahogada, se queja todavía de su fortuna, me causa una indignación difícil de explicar; y yo, por consecuencia, hablaba de la persona a que me refiero con una severidad casi casi excesiva. Mi amigo me lo hizo notar, y como era mucho más discreto que yo, sus observaciones lograron convencerme de que en efecto, mi indignación traspasaba los límites de lo natural.

« Lo mismo que tú, me dijo, nunca he podido oír sin indignarme que se haga responsable a la Providencia de un daño imaginario o pueril. Pero esta indignación pasa cuando la persona que así se conduce no está delante de mí. ¿Por qué nos hemos de complacer, amigo mío, en ocuparnos de tantos y tantos vicios, baldón de la raza humana, cuando en todas partes, y entre tantas defecciones, y tantas mentiras, se encuentran para nuestro consuelo las virtudes contrarias a esos vicios? — Estoy de acuerdo contigo respecto de que el vicio más abominable es la ingratitud para con Dios o los hombres; pero dejemos de pensar en eso, y busquemos un ejemplo de la virtud contraria. »

Esto nos será mejor, que llenar nuestras almas de amargura con esos tristísimos ejemplos de repugnante egoísmo.

Dáme un cigarro, *echa una firma*, y oye una historia.

II

No habrás olvidado la época en que nos vimos por primera vez. Fué en un pueblecito de Andalucía, el mismo que tú has abandonado hace cinco o seis meses, cuando viniste a establecerte aquí. Yo era transeunte, si así puede decirse, en aquel pueblo, esencialmente marítimo, y no conocía allí persona humana: y, como educado en el campo al lado de mi abuela, mi carácter no era el más a propósito para procurar contraer amistades. Uno de mis placeres favoritos era pasear por las cercanías del pueblo. Cervantes y Quevedo me acompañaban en mis excursiones campestres; y cuando una apacible som-

bra ó una roca, que dominando toda la extensión del mar, me ofrecían descanso y tranquilidad, horas enteras me pasaba completamente preocupado con la lectura de mis autores favoritos.

Así vagaba por aquellos campos, sin objeto determinado, y así es como me encontré un día en un valle, que atravesaba un riachuelo, ancho por una parte, estrecho por otra, caprichosamente irregular. Seguí paseando a la orilla del riachuelo, hasta que me hallé en una pequeña elevación, enfrente de una especie de isla, separada del montecito por la continuación del riachuelo. A pesar de que nunca he sido muy aficionado a saltar, decidíme a pasar la corriente dando un salto, y a penetrar en aquella isla, que me parecía una fiel copia en pequeño del Paraíso. En verdad que no sé cómo expresar la agradable impresión que sentí al tomar posesión de aquella isla que acababa de descubrir. Me tendí al pie de un magnífico nogal, y abrí otra vez mi libro. En ninguna parte me podía ser tan agradable la lectura; sin embargo, estuve más de hora y media sin fijar los ojos en el libro. El murmullo del agua, por muy ligero que sea, suspende siempre mi ánimo, y me distrae agradabilísimamente. La vaga sensación, si así puedo decir, que me impresiona en esos momentos, es semejante a la que experimentamos cuando nos despertamos en un día muy crudo de invierno convenientemente abrigados en un lecho *comfortable*, como decís vosotros los cortesanos.

Distrajome, sin embargo, un leve rumor, que me hizo levantar la cabeza y dirigir mi vista a la calle de arbustos que daba entrada a la isla. Y ¿cuál fué mi sorpresa cuando ví atravesar el riachuelo a un enorme perro de Terranova, que sostenía a una niña, abrazada fuertemente al cuello del noble animal? Llegó el perro a la isla sin cuidarse absolutamente de mí; sin embargo, cuando yo me levanté con objeto de aproximarme a aquella extraña pareja, el fiel conductor de la niña me miró de cierta significativa manera, que indicaba por lo menos una desconfianza que nada tenía de censurable. También me pareció que la niña no estaba grandemente satisfecha de mi presencia: subió un rosado color a sus mejillas, bajó la vista con una candidez adorable, y procuró cubrir sus pies desnudos con su saya. Creí un instante que el miedo la impedía ponerse en pie.

— Vamos, ¡Lucero! dijo la niña, señalando al perro el lado opuesto del riachuelo que acababa de atravesar.

Antes de obedecer, Lucero fijó en mí sus brillantes ojos, y vino a lamer mi mano, arrastrándose a mis pies y moviendo la cola, como si quisiera recomendarme así a la pobre niña. Yo le acaricié, regalándole un terrón de azúcar, que por casualidad llevaba en el bolsillo, é inmediatamente se arrojó al agua, y volvió a aparecer antes de un minuto, trayendo en la boca dos pequeñas muletas.

La niña era paralítica.

Nada me inspira más compasión que esas tristes enfermedades humanas en la edad que se ha convenido en llamar dichosa, y que lo es en efecto más que la adolescencia y la vejez. En la vejez nos es fácil resignarnos a no ver, a no oír, a no andar; el término de nuestra vida se acerca, y esa postración del cuerpo puede ser hasta provechosa para nuestra alma. Pero cuando comienza la vida, y un extenso porvenir sonríe a la esperanza, ¿no es un dolor ver a uno de esos pobres seres condenados a sufrir siempre? Te confieso, amigo mío, que aquella pobre niña hizo asomar a mis ojos una lágrima. No tuve, pues, que hacer esfuerzo alguno, para hacer dulce mi voz, al dirigirme a la desgraciada paralítica.

Yo quise saber qué objeto traía la niña a aquel sitio, y se lo pregunté, alentado por la bondad que se retrataba en su rostro.

Supe que su abuela cogía malvas y otras plantas en la pradera, en tanto que ella cogía también en la isla violetas y amapolas, que vendían después al boticario del pueblo. Esta operación hubiera sido muy peligrosa para la paralítica, sin la vigilancia y el auxilio del perro, que gravemente sentado a la orilla del riachuelo estaba pronto a sostener a su joven señora, si esta al coger una flor se veía en peligro de caer al agua. La niña me dijo que tenía nueve años cumplidos: nadie hubiera dicho que tenía más de seis ó siete; tal era la estremada pequeñez de su cuerpo. Solamente su rostro estaba lleno de vida y de expresión, aunque era por extremo pálido.

Pronto se gana la confianza de una niña; a mí no me costó gran trabajo hacerme digno de la de aquella desgraciada criatura: no tuve que hacer otra cosa que reunirle algunas violetas y acariciar a Lucero.

Ella misma me refirió la historia de su familia.

— « Mi abuela se llama Marta, me dijo, y ella y yo vivimos del producto del lino que ella hila y de la venta de las flores y las hierbas que cogemos aquí y allí. Apenas me acuerdo de mi padre; solamente



sé que volvía muy contento de un viaje muy largo, porque mi madre le había escrito que á su vuelta le daría un hijo. Mi madre fué á la torre, para desde allí ver entrar el buque en la rada; pero encontró en la torre á una mala mujer, que le preguntó qué era lo que quería saber. — ¿Ha venido *La Virgen de la Merced*? preguntó mi madre. — *La Virgen de la Merced*? repitió aquella mujer; pues qué, ¿no sabes que ha naufragado y han perecido todos los que venían en el buque? Al mismo tiempo un buque entraba en la rada; era *La Virgen de la Merced*. Mi madre volvió á casa muy malita, muy malita, diciendo que Dios la había dejado sola en el mundo, y llorando, llorando sangre, según dice mi abuela. — Mi abuela le decía que no se acobardase, que tuviera valor para dar á luz el hijo que tenía en sus entrañas; pero mi madre no oía nada, y tenía fijos los ojos en una estampa que tengo yo de la Virgen de la Merced.

Mi madre estaba muy malita cuando mi padre vino á abrazarla y asegurarla que Dios no la había abandonado; pero á los tres días la pobrecita se fué al cielo, y me dejó á mí con mi abuela. Mi padre se volvió otra vez al mar; muy de tarde en tarde le he visto, cuando volvía de sus viajes, y me acuerdo que lloraba mucho, cuando mi abuela le decía que yo era raquítica. Mi abuela me decía siempre: «Reza por tu padre.» «Haz esto por tu padre.» «Sé buena por tu padre.» Y luego, un día me pusieron esta saya negra, y me dijeron que estábamos de luto, porque mi padre se había ido con mi madre. Yo estaba muy malita, y mi abuela decía á las vecinas que dejaran venir á sus hijas á jugar conmigo. Y venían y jugaban, saltando y corriendo; y como yo no podía saltar ni correr, me llamaban *tonta y torpe*, y me tiraban lodo á la cara, y se divertían viéndome llorar. Pero entonces ya estaba en casa Lucero, y él se quedaba conmigo, y me defendía y me daba besos.»

Tal fué poco más ó menos la relación que me hizo la pobre niña; y en tanto que ella hablaba con esa inteligencia precoz de la mayor parte de los niños enfermos, consideraba yo el triste destino que la Providencia en sus misteriosos designios reserva á algunas criaturas. La parálisis, ayudada por mí, terminó más pronto su operación, á tiempo que apareció la abuela en la orilla opuesta del riachuelo, que su edad y sus naturales achaques no le permitían atravesar seguramente. Emilia le arrojó, cuidadosamente envueltas en un pañuelo blanco, todas las flores que había recogido; y se disponía á atravesar el río sobre el robusto lomo de Lucero; pero yo la tomé en mis brazos, y de un salto me planté en la otra orilla con mi preciosa carga, que deposité en la falda de la abuela, que no sabía cómo expresar su gratitud.

Cambiamos algunas palabras, después de lo que la abuela colocó al perro entre las varas de un carrito, dentro del cual puso á la niña, rodeada de las flores cogidas por una y otra. Me despedí, bien á pesar mío, de aquella extraña familia, y la seguí con la vista hasta que los árboles del bosque me la ocultaron. Al llegar á la entrada del bosque, la niña volvió la cabeza, y me hizo con la mano el postrer saludo.

Mi abuela, como casi todas las señoras de cierta edad, educadas en los más sanos principios de religión, amaba á los pobres y los visitaba muy frecuentemente. Alejado de ella por la necesidad de emprender mi carrera, cuando me hubiera sido tan halagüeño devolver á su vejez los cuidados que la pobre había prodigado á mi infancia, debía alegrarme mucho todo lo que me la recordase. Marta tenía la misma edad que mi abuela, las mismas arrugas, y pertenecía además á esa clase de indigentes honrados y trabajadores, que mi abuela me había enseñado á respetar y á socorrer. No teniendo por aquella época cerca de mí á ninguna de las personas que me son queridas, y esto á los veinte años, cuando la vida rebosa en nuestro corazón, cuando nos es tan necesario como la misma vida amar á otra persona, no dudas que aproveché aquella propicia ocasión que se me presentaba de formar una de esas relaciones de amistad, basadas en algunos favores, tan insignificantes para el que los hace, como útiles y provechosos para quien los recibe, y en los que quien da un poco de su dinero y demuestra un poco de cariñoso interés gana inmensas ventajas; ventajas que no puede apreciar sino quien las toca.

Por mi parte puedo decirte que Marta y su nieta, sin apercibirse ellas mismas, me han hecho mucho, mucho bien. Para un joven aislado, no hay mejor salvaguardia, si así puede decirse, que el trato frecuente de una ó dos familias pobres que le aman, y á las que puede hablar libremente, entre niños y viejos, de las virtudes de su madre y de su hermana, de los días de su infancia, de sus ilusiones malogradas, de sus amores desgraciados...

Marta vivía en una pobre cabaña á la salida del pueblo. Yo iba á verla ordinariamente á la hora que Emilia volvía de la escuela, porque la pobrecita frecuentaba una escuela gratuita, dirigida por piadosas hermanas de San Vicente de Paúl. Complacíame extraordinariamente en hacerla repetir sus lecciones, admirándome no poco la rara penetración de aquella inteligencia, así como la afición que demostraba la pobre niña á los estudios religiosos. La fe de aquella alma era tan profunda, y las sanas doctrinas del Evangelio se grababan en ella de tal manera, que muchas veces vi asomar rutilantes lágrimas á sus hermosos ojos, cuando repetía los sagrados preceptos. ¡Caántas veces leíamos juntos la página que recuerda cómo trataba Jesucristo á los niños!

— ¡Oh! si yo hubiese estado allí, decía Emilia, Lucero se hubiera abierto paso por entre la muchedumbre, y me hubiera llevado para que yo pudiera besar la mano del Salvador. — ¿Qué cree Vd. que hubiera hecho Jesucristo al ver mis muletas?... De fijo me hubiera curado en un momento.

C. FRONTAURA.

(Se continuará.)

## EL ARTE RELIGIOSO

(Continuación.)

D. JUAN FLOTATS, natural de Manresa y discípulo del Sr. Vallmitjana. En la Exposición celebrada en 1878, presentó una estatua en yeso del *Beato Juan Bermans*. También son de su mano el *Busto del Doctor García*, conocido por el *Rector de Vallfogona*; estatua de *San Fructuoso*, para una iglesia de América; estatua de *San Severo*, para la Casa Consistorial de Barcelona; *Jesucristo crucificado*, para un panteón en el cementerio de Mataró; un *Crucifijo*, para el panteón de la familia Elcubós, en Barcelona, y una *Concepción*, que presentó en la Exposición de Barcelona de 1872.

D. JOSÉ FOLCH Y COSTA. Escultor notable. Nació en Barcelona en 12 de Enero de 1768, y estudió el dibujo en aquella Escuela y los principios de modelado bajo la dirección de D. Raimundo Amedeu. Los únicos trabajos de carácter religioso que ejecutó este artista, según nuestros datos, son: un medallón del Papa Pío V en la puerta de la Cartuja de Valldemosa (Palma), y el Sepulcro del Marqués de la Romana, existente en la Capilla de San Jerónimo de la Catedral de Palma. Falleció en 24 de Noviembre de 1814.

D. FRANCISCO FONT, natural de Barcelona y discípulo de D. Domingo Talar. Es de su mano un grupo de *San José de Calasanz con un niño*, para un colegio de escolapios de la provincia de Lugo.

D. JUAN FORÉS. Escultor catalán. En 1880 elogió la prensa en Barcelona un *Jesucristo crucificado* y una *Resurrección de Jesucristo*, grupos de cortas dimensiones.

D. REMIGIO FERNELLS. En el año 1871 hizo en talla un grupo de *Nuestra Señora de Monserrat apareciéndose al Beato Simón Stok*.

D. PEDRO FRANCO. En 1878 se le encargó la imagen de *San Antonio de Pádua*, para la iglesia de Aljucer (Murcia).

D. JOSÉ FRESNO. En la Exposición madrileña de Bellas Artes de 1858 fué agraciado con una mención honorífica por su estatua de *San José*.

D. MANUEL FUXA Y LEAL, natural de Barcelona y discípulo de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. En la Exposición Nacional de Madrid de 1871 presentó la *Muerte del Justo*, estatua en yeso que fué premiada con medalla de tercera clase: en la de 1881 presentó *La señal de la cruz*, grupo en yeso que obtuvo medalla de segunda. Son también de su mano la *Santísima Virgen de la Soledad*, y la *Inmaculada Concepción*, estatua para un oratorio de Mataró, y estatua de *Fray Lope Félix de Vega Carpio*, en mármol.

D. JOSÉ GAMOT Y LLURIA, natural de Barcelona y discípulo del Sr. Novas y de la Escuela de Bellas Artes de aquella capital. En la Exposición Nacional de 1876 presentó una estatua en yeso titulada *Remordimiento de Caín*.

D. BERNABÉ DE GARAMENDI. Escultor bilbaíno contemporáneo, establecido en la capital de Vizcaya, de donde es natural, después de haber estudiado en Italia é inspirándose en la Tierra Santa. Entre las obras que le han proporcionado el crédito de que goza, conocemos las siguientes de carácter religioso: un *Crucifijo*, formado de madera de olivo del mismo monte Olivete, por cuyo trabajo fué agraciado con la cruz de Isabel la Católica. Figuró en la Exposición Nacional de 1871 una *Concepción*, para la iglesia de Algorta; una *Dolorosa*, para Palacio;

un *Calvario*, para la iglesia de San Nicolás de Bari de Bilbao, que comprende tres cruces: la de Jesús en el centro, y á derecha é izquierda las de Dimas y Gestas, el bueno y el mal ladrón. Las imágenes de María y del discípulo amado se hallan situadas al pie de la cruz del Redentor; un *Crucifijo*, para Don Sebastián de Borbón, y una *Dolorosa*, para los Duques de Montpensier. En la Exposición de Bilbao de 1882 fué premiado con medalla de oro.

D. JOSÉ GARCÍA, natural de Madrid y discípulo de su Escuela de Bellas Artes. En la Exposición Nacional de 1881 presentó una estatua en mármol de *San José*.

D. JUSTO GARCÍA. Escultor contemporáneo, discípulo de Baratta, del que conocemos las siguientes obras: un *Cristo* colocado sobre un pedestal, y una cruz de forma particular como las que se ven en los remates de ciertos monumentos. Figuró en la Exposición de Barcelona de 1860: una *Concepción*, para el oratorio de una quinta de la Bordete; dos *Crucifijos* de marfil, con cruces de plata. Se exhibieron en la Exposición aragonesa de 1868.

D. LÚCAS GARCÍA. El Sr. Gómez de Somorrostro, hablando en su *Manual del viajero en Segovia* del púlpito de aquella catedral, dice lo que sigue:

«En cada uno de los cuatro tableros se ven en más de media talla, los cuatro Evangelistas, y en el centro la Inmaculada Concepción: habiéndose destruido y perdido las manos de la Virgen, el capellán de esta iglesia, D. Lucas García, las hizo nuevas y bien acabadas.»

Desconocemos más obras suyas.

D. CELESTINO GARCÍA ALONSO, natural de Sigüenza y discípulo en Madrid de la Escuela especial de Pintura, Escritura y Grabado, premiado por la Sociedad *El Fomento de las Artes*. En la Exposición Nacional celebrada en 1871 presentó una *Purísima Concepción*, estatua de madera.

D. MARIANO GARCÍA BAS. Escultor valenciano, pensionado en Roma por la Diputación provincial de Valencia en 1882. Es autor de un *Busto del Papa Calixto III*, obra que ha figurado en una Exposición de dicha ciudad.

D. ANTONIO GARCÍA CANDEAL. Presentó en la Exposición verificada en Santiago en 1875 un alto relieve en madera figurando á *Santiago á caballo*.

D. LUIS GARGALLO. Escultor valenciano, entre cuyas obras, de carácter religioso en su mayor parte, figura una imagen de *La Concepción*, hecha para la población del Grao.

D. PABLO GIBERT Y ROIG. Escultor barcelonés, discípulo de D. Andrés Aleu. El primer trabajo de este artista fué un *Crucifijo* labrado en 1876 con destino á un oratorio de Barcelona.

D. JOSÉ GIL, natural de Valencia. Nació en 1759, y se presentó desde su más tierna edad á los concursos de premios de la Academia de San Carlos de la ciudad expresada, de la que fué individuo de mérito y Director. En los primeros años del siglo trabajó *Las dos virtudes* y *El grupo de niños*, que se hallan en la iglesia colegiata de Játiva encima del nicho de la Virgen. Hay muchos *Crucifijos* de su mano en diferentes iglesias de la provincia de Valencia.

D. LUIS GILBERT Y PONCE, natural de Valencia y discípulo de la Escuela de aquella capital, premiado por la Sociedad de Amigos del país, de su ciudad nativa. En 1878 concurrió á la Exposición de Bellas Artes de Madrid con dos bustos de barro cocido, uno de los cuales era el retrato de D. Mariano Barrio, *Arzobispo de Valencia*. Ha expuesto varios trabajos en diferentes concursos celebrados en dicha población, entre ellos *Santa Teresa*.

D. JOSÉ GINÉS. Este notable escultor, cuyas obras son muy apreciadas por la prolijidad y estudio que revelan, nació en el año de 1768 en Polop, provincia de Valencia, empezando sus estudios en la Academia de Bellas Artes de aquella capital, donde alcanzó diferentes premios y una pensión de 6 reales para estudiar en las clases de la de San Fernando de Madrid. Continuó sus estudios en la corte, consiguiendo dos premios en la Escuela últimamente citada. Sabedor Carlos IV de su mérito, le encargó varias obras para el *Nacimiento* llamado del Príncipe, siendo notable entre ellas el grupo que figura *La Adoración de los pastores*, y le nombró su escultor de Cámara honorario en 26 de Noviembre de 1794. Son también obras suyas: *Los cuatro Evangelistas*, de estuco, que existen en la capilla de Palacio; dos *mancebos* en una de las capillas del Monasterio de Atocha; la estatua de *La Religión*, para las exequias de la Reina Doña María Amalia de Sajonia, y en las de Fernando VII las estatuas de *La Templanza* y *La Prudencia*; las de varios *ángeles*; la estatua de *San Pedro Alcántara*, en la iglesia parroquial de San Justo de Madrid; y la estatua de *San Antonio*, y todos los adornos y altares de estuco existentes en la capilla de la Florida. Murió en Madrid este benemérito profesor á 14 de Febrero de 1823.



D. JOSÉ GONZÁLEZ. Modesto labrador, en Tuy, que se consagra á esculpir imágenes en madera sin más lecciones que su propia observación, ni más elementos materiales que una navaja. En 1876 terminó para la Exposición provincial de Santiago una *Purísima Concepción*.

D. JUAN MANUEL GONZÁLEZ. Último vástago de la Escuela granadina. Nació el año 1765, fué discípulo de su padre, de D. Pedro Verdiguier y de Don Víctor Adán. Contribuyó con sus obras al desarrollo del arte en Granada, tomando en 1839 una parte muy activa en la creación del Liceo Artístico de aquella capital, presentando en la sesión de inauguración un *Cristo en la cruz*, y un *Grupo de cabezas de ángeles* en alto relieve, trabajado en mármol. Son también obras de este artista: la coronación del *Retablo de San Miguel* en la Catedral; *La Divina Pastora* que estaba en Capuchinos, y ahora en San Jerónimo; varios *Santos del Museo* y de *San Bernardo*, y otros muchos trabajos esparcidos en las iglesias de la provincia. Murió, á los 83 años, en 20 de Agosto de 1848.

D. VICTORINO GONZÁLEZ FERNÁNDEZ. Ha cultivado mucho la factura de medallas, entre ellas citaremos las ejecutadas con motivo del Centenario de Santa Teresa de Jesús y el busto de *Su Santidad Pío IX*.

D. ISIDRO GONZÁLEZ GARCÍA VALLADOLID. Escultor y pintor. Nació en Valladolid el día 15 de Mayo de 1843, y obtuvo durante su aprendizaje en la Escuela de Bellas Artes de dicha capital merecidos premios. En la Exposición de Valladolid de 1871 recibió diploma de primera clase por un *San Sebastián* de talla en madera (copia). Falleció el 17 de Mayo de 1879, á los 36 años de edad.

D. JOSÉ GONZÁLEZ Y JIMÉNEZ, natural de Granada, donde en su niñez restauraba imágenes para atender á su subsistencia. Resolvió marchar á Roma, aunque fuera implorando la caridad pública; y así lo hubiese hecho á no encontrar amigos generosos que le costearan el viaje. Una pensión de 3.000 reales le asignó el Gobierno y otra algo más importante el infante D. Sebastián Gabriel. En la Academia Pontificia de San Lúcas consiguió dos premios de escultura en 1858 y uno de piedad en el oratorio de la misma Academia por su religiosidad é irreproachable conducta.

D. JOSÉ GUERRA, nació en San Vicente de Arévalo en 1756 y alcanzó el primer premio de la segunda clase de la Academia de San Fernando, á los veintidós años de edad. Pensionado en 1784 por el monarca para pasar á Roma, remitió á la citada Academia, desde aquella población, un bajo relieve en greda cocida representando á *Nuestro Señor Jesucristo difunto*. En 3 de Julio de 1803 fué creado Académico de mérito de la mencionada Academia, donde se conservan de su mano una copia de *San tiago el Menor* y otra de *San Francisco de Paula*.

D. JUAN PEDRO GUIZART, muerto en Murcia en 21 de Noviembre de 1803. Aunque este artista fué natural de Bohemia, desde muy niño, y huérfano, residió en Valencia, donde estudió con D. Ignacio Vergara. En 13 de Diciembre de 1772 fué nombrado Académico de mérito de la de San Carlos. Sus principales trabajos son: seis de las ocho estatuas de la capilla del Carmen Calzado de Valencia, y las dos de la fachada de la iglesia de Cheste.

D. EDUARDO GUTIÉRREZ. Reside en Málaga, donde ejecutó en 1881 un grupo representando á *Santo Tomás de Villanueva en el acto de dar limosna á un pobre*.

D. MANUEL GUTIÉRREZ CANO. Escultor y adornista premiado en la Exposición de Sevilla de 1858 con medalla de cobre, por varios y muy notables modelos en yeso, barro, cartón piedra, etc., etc. Conserve del mismo en los templos de la citada ciudad algunas esculturas representando asuntos místicos, que merecieron los elogios de la prensa. Debióse á su iniciativa el establecimiento por la Sociedad sevillana de emulación de las clases de modelado para la enseñanza de artesanos, las cuales dirigió gratuitamente por algún tiempo. Es autor del retablo gótico del oratorio de D. Fernando García Pérez, en Jerez de la Frontera, en el cual se ven las imágenes de *El Arcángel San Miguel*, *El Santo Ángel Custodio*, *El Nacimiento del Salvador*, *La Anunciación de Nuestra Señora*, *La Concepción*, *San José*, *La Virgen y Santa Ana*.

D. RAFAEL GUTIÉRREZ DE LEÓN. Notable escultor malagueño, muerto en el año 1855 hallándose desempeñando la clase de modelado y vaciado de adorno en la Academia de Bellas Artes de su ciudad natal. Son obras suyas una estatua de *La Concepción*, que se conserva en el colegio de Cabra; *El Buen Pastor*, que existe en la iglesia de la Encarnación en Vélez Málaga, y las estatuas de *San Juan y La Magdalena*, en el altar del trascoro de la Catedral de Málaga.

D. JOSÉ GUZMÁN GUALLAR. Escultor valenciano, autor de las imágenes de una *Concepción y Nuestra Señora de la Saleta*, esta última para una iglesia de Gandía.

M. DE A.

(Se continuará.)

## JUBILEO SACERDOTAL DE SU SANTIDAD LEÓN XIII

He aquí la relación de las ofrendas que hacen los manresanos á Su Santidad:

Reverenda Comunidad de La Seo. — Cuatro misales ricamente encuadernados.

Señoras de la Parroquia y Conferencia de La Seo. — Un magnífico cáliz de plata, todo dorado, con su cucharita y estuche. — Otra cucharita de plata dorada, con una cinta bordada de oro, un amito y purificador primorosamente bordados y colocados en un estuche. — Cinco casullas de otros tantos colores. — Una capa pluvial blanca. — Un hermosísimo paño de hombros. — Tres manteles con finos encajes. — Seis albas con ricos encajes y seis cíngulos de seda con borlas doradas. — Doce amitos con encajes, bordaduras y correspondientes cintas de seda.

Señoras de la Parroquia y Conferencia del Carmen. — Cinco valiosas casullas de otros tantos colores. — Cinco albas con finos encajes. — Tres manteles con encajes y dos de sencillos. — Tres corporales; tres amitos bordados, con sus cintas de seda, y otro sencillo; cuatro purificadores bordados y tres lavabos crespados.

Archicofradía de las Hijas de María. — Veinticuatro corporales con finísimos encajes y las hijuelas bordadas. — Una concha de plata muy bien trabajada, y una finísima capilla para bautizar. — Una bolsa de raso azul con monedas y un rótulo que dice: «Óbolo para la Misa».

Archicofradía Teresiana. — Un cáliz de plata con adornos dorados. — Un misal ricamente encuadernado. — Una casulla de damasco blanco con galones de oro fino. — Un alba con finos encajes, y un cíngulo de seda. — Seis corporales, con sus hijuelas bordadas; seis purificadores bordados; seis lavabos crespados, y dos amitos bordados, con sus cintas de seda.

Asociación Reparadora de Pío IX. — Fotografía del Santo Cristo de la Asociación, en un grandioso marco dorado.

Madres Monjas de Santa Clara. — Seis amitos bordados, con dos cintas primorosamente bordadas con sedas de varios colores y oro fino. — Seis purificadores bordados, y cuatro lavabos minuciosamente crespados.

Hermanas de la Caridad del Hospital. — Un alba crespada, con bonitos encajes de *filaja*.

Hermanas Carmelitas de la Casa de Caridad. — Un solideo de raso blanco, bordado, con su correspondiente estuche de marquetería, trabajado con suma pulcritud. — Un purificador bordado, y un lavabo finísimamente crespado, con su estuche forrado con peluche.

Hermanas Carmelitas de los Huérfanos. — Un amito primorosamente bordado, con sus correspondientes cintas de seda y borlas de oro. — Seis purificadores bordados y seis lavabos bordados y crespados.

Hermanas Dominicas de Valldaura. — Una sobrepelliz con finos encajes y primorosamente crespado.

Hermanas Josefinas. — Un amito bordado y seis purificadores bordados y crespados.

Varios particulares. — Un valioso cíngulo de seda, con riquísimas borlas de oro. — Un amito bordado y purificador crespado. — Una sobrepelliz con hermosos encajes y crespado primorosamente.

Además, las Madres Monjas de la Enseñanza y las Señoras de la Parroquia y Conferencia de San Pedro Mártir están preparando varios y delicados trabajos para presentarlos á su debido tiempo.

*Programa del certamen científico-literario que, con motivo del Jubileo Sacerdotal de Su Santidad el Papa León XIII, ha de celebrarse en Zaragoza, el día 15 de Diciembre de 1887.*

Acordada por esta Junta diocesana la celebración de un certamen científico-literario, dedicado á nuestro Santísimo Padre León XIII, en el quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal, ha dispuesto que dicho certamen tenga lugar en la forma y bajo las bases siguientes:

1.ª El certamen se celebrará el día 15 del próximo Diciembre, octava de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, á la hora y en el local que oportunamente se designe.

2.ª Las composiciones se remitirán antes del día 1.º de dicho mes de Diciembre al señor secretario de la Junta diocesana, doctor D. Mariano Supervia, dignidad de Tesorero de esta Santa Iglesia Metropolitana.

3.ª Para que los trabajos puedan ser admitidos al certamen, habrán de remitirse sin firma en un pliego cerrado, escribiéndose en su cubierta un lema á voluntad, lema que deberá escribirse del mismo modo en otro pliego también cerrado, dentro del cual se hará constar el nombre del autor: ambos pliegos se enviarán juntamente.

4.ª Todas las composiciones que se remitan han de ser originales é inéditas y estar escritas en lengua castellana.

5.ª El jurado calificador será nombrado en su día por el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de la diócesis, dándose á conocer oportunamente los nombres de los señores designados.

6.ª La apertura de los pliegos en que conste el nombre de los autores que hayan obtenido recompensa será pública y tres días antes de la sesión solemne, anunciándose con anticipación la hora y el sitio en que deba verificarse. Los restantes pliegos se inutilizarán sin abrirlos en el mismo acto.

7.ª La propiedad literaria de las composiciones premiadas será siempre de sus respectivos autores, pudiendo la Junta diocesana, sin embargo, publicarla por su cuenta y por una sola vez si así lo creyere oportuno.

8.ª Además de los premios asignados á cada tema, el jurado podrá señalar los accésits que estime conveniente á los trabajos presentados que merezcan esta distinción.

### Temas y premios del certamen.

Tema primero. — «Biografía de Su Santidad el Papa León XIII y apología de sus actos en el orden religioso, social y político». — Premio: Un riquísimo medallón de oro, regalo de su Emma. y Rvma. el Cardenal Arzobispo de esta diócesis.

Tema segundo. — «Poesía castellana, dedicada á la Santísima Virgen en el misterio de su Inmaculada Concepción». — Premio: Dos lindísimos cuadros al óleo, regalo del Ilmo. Sr. Obispo de Derbe, auxiliar de Zaragoza.

Tema tercero. — «Estudios sobre la Encíclica *Immortale Dei*, fijando su trascendencia y altísima importancia en la época presente». — Premio: Un hermoso centro de mesa, oferta del Excmo. Cabildo metropolitano.

Tema cuarto. — «Poesía castellana con libertad de metro y extensión, dedicada á Su Santidad el Papa León XIII». — Premio: «Biblioteca de escritores aragoneses». — Todos los tomos publicados hasta el presente, lujosamente encuadernados, obsequio de la Excelentísima Diputación provincial.

Tema quinto. — «Estudio crítico sobre la conquista de Zaragoza por D. Alfonso I.º». — Premio: Una magnífica estatua de bronce, precioso objeto de arte, regalo del Excmo. Ayuntamiento.

Tema sexto. — «Poesía castellana con libertad de metro y extensión sobre asunto libre, pero directamente relacionado con las glorias del reino de Aragón ó de su metrópoli Zaragoza». — Premio: Un rico y elegante objeto de arte, regalo del Excelentísimo Sr. Capitán general de este distrito.

Tema séptimo. — «Estudio sobre la vida y obras de Aurelio Prudencio Clemente, zaragozano insigne y príncipe de los poetas cristianos». — Premio: Dos hermosos y artísticos jarrones, obsequio del muy ilustre Sr. Gobernador civil de esta provincia.

Tema octavo. — Romance (de arte mayor ó menor) en que se describa la amorosa venida de la Santísima Virgen en carne mortal á Zaragoza». — Premio: *La Vida de Jesucristo* por Luis Veuillot, magnífica edición de París primorosamente encuadernada, regalo del Sr. D. Bernardino Montañés.

Tema noveno. — «Estudio sencillo sobre las asociaciones de caridad, establecidas en Zaragoza; objeto que cada una tiene; medios que deben emplearse para sostenerlas y fomentarlas, y forma que podría adoptarse para aunar sus trabajos y sus esfuerzos haciendo más fecunda su acción». — Premio: Una lindísima acuarela, obra del Sr. D. Agustín Peiro y obsequio hecho para el certamen por el mismo señor.

Tema décimo. — «Oda á los innumerables Mártires de Zaragoza». — Premio: *La Historia de la Santísima Virgen*, por D. Vicente de la Fuente, riquísima edición, en dos tomos en folio encuadernados con lujo, regalo del Excmo. Sr. Barón de La Linde.

Zaragoza 14 de Septiembre de 1887. — VICENTE, Obispo de Derbe, auxiliar de Zaragoza, Presidente. — Lázaro Bauluz, vicepresidente. — Florencio Rodríguez. — Angel J. Romay. — Antonio Silva. — Herenegildo Gaspar. — José Lloret. — Ramón Aranda. — Florencio Jardiel. — Juan Cruz Aranaz. — Ma-



nuel G. Adanza.— El barón de La Linde.— Julián de Echenique.— Mario de la Sala.— El Marqués de Montezumo.— Mariano Supervía, Secretario.

Los periódicos barceloneses hablan con gran elogio de un Misal romano que las Madres Carmelitas de la Caridad, institución fundada en Vich, regalan a Su Santidad con motivo de sus Bodas de Oro. Las cubiertas, de terciopelo carmesí, están primorosamente bordadas en sedas de varios colores y en oro. En la tapa anterior se han representado los cuatro evangelios en delicados medallones bordados, y en el centro de la misma el anagrama de Jesús; en la posterior aparece igualmente bordado el escudo de Su Santidad, los del Carmen, España, Cataluña y Vich. Los broches y cantoneras se hallan esmaltados con gran delicadeza y gusto y el canto de las hojas del libro cincelado y esmaltado también. Los registros ostentan distintos emblemas bordados en sedas, por el mismo estilo que las cubiertas. El esmalte ha sido ejecutado por Don Pedro Feu. La encuadernación, de la que se ha encargado el Sr. Jiménez y Roca, reúne a la solidez gran riqueza y gusto. El propio Sr. Jiménez ha hecho el estuche, de *pelouse*, en el que va encerrado el Misal. Este estuche afecta una forma completamente nueva, pues se abre a modo de libro, quedando el Misal perpendicular a la base de aquél.

Se ha inaugurado en Tarragona, en uno de los salones del Palacio Arzobispal, la exposición de los objetos destinados a obsequiar al Soberano Pontífice León XIII con motivo de su próximo Jubileo Sacerdotal.

Los católicos de Esmirna, la ciudad de San Policarpo, ofrecerán al Padre Santo un notabilísimo tapete turco, el cual será fabricado en Puchak, ciudad del interior, célebre en esta clase de manufactura, en tela blanca con adornos amarillos, y varios medallones con recuerdos de las seis iglesias hoy existentes, citadas en el Apocalipsis, de Efeso, Laodicea, Pérgamo, Filadelfia, Sandis y Thiatira. El centro figurará el monte Pays con la tumba de San Policarpo, y en la parte superior el escudo de León XIII. El tapete será doblemente precioso, tanto por su tejido como por lo que representa.

Los Rdos. Padres Escolapios de Sabadell regalarán a Su Santidad un magnífico álbum de grandes proporciones, que en diez y siete páginas y con distinto carácter de letra é inicial apropiada en cada una, contendrán otras tantas estrofas de una hermosa poesía catalana, original del Padre de aquel colegio, Rdo. D. José Calonge. La parte caligráfica, que es muy notable, la ha ejecutado el Rdo. Padre D. José Torres.

Las señoras de Bilbao ofrecerán a Su Santidad en su Jubileo una preciosa alfombra para su despacho, construida de pedazos bordados por dichas señoras y señoritas, en cuyo dibujo alternan la tiara y las iniciales del Papa sobre fondo blanco.

D. Juan Sala y Prohens, vecino de Campos (Mallorca), ha entregado un precioso cingulo bordado en oro con la inscripción siguiente:

*A León XIII, Papa y Rey.*

La recaudación hecha en dicha Diócesis para el Jubileo asciende a más de 17.000 pesetas.

De *El Correo de Tortosa*:

«En estos días aumentan considerablemente las personas que visitan la Exposición diocesana de los objetos destinados a la Vaticana. Desde el día de la apertura hasta la fecha, son más de 18.000 las personas que han concurrido a visitarla. En la actualidad son muy pocos los pueblos que no han remitido ya sus ofrendas, y al objeto de dar lugar a que puedan también ser expuestas, se ha prorrogado hasta el próximo domingo el plazo fijado para poder visitar la Exposición.»

Un enviado de Menelik, rey de Schoa, se presentará en breve en el Vaticano y entregará al Santo Padre regalos y una carta.

Menelik y su pueblo pertenecen a la Iglesia cismática copta; pero los misioneros católicos han sido siempre muy bien recibidos en Schoa.

Entre los muchos objetos de gran precio que van llegando a Roma para la Exposición Vaticana, el que más llamará la atención, no obstante la relativa insignificancia de su valor intrínseco, será el modelo reducido del órgano monumental que está destinado a ocupar un magnífico coro sobre las puertas de la basílica de San Pedro.

El proyecto de M. Cavaillé Coll es colosal.

La caja del órgano tendrá 20 metros de ancho y 26 de alto; y será del mismo orden arquitectónico que el altar mayor.

Este gigantesco instrumento tendrá 155 registros, 28 pedales de combinación y 8.316 tubos de trompetería, correspondientes a 10 octavas completas.

Su peso total excederá de 100.000 kilogramos.

Y el coste de toda la obra no bajará de dos millones de francos.

Según noticias de Portugal, la princesa Clotilde acaba de bordar una capa para el Papa en su retiro de Moncalieri.

Esta capa, de satén blanco, cubierta de flores de oro, no será una de las menores curiosidades de la Exposición que se va a realizar en el Vaticano con motivo de las Bodas de Oro de Su Santidad.

## NOTICIAS

El gobierno británico colonial de Australia ha cedido a los Padres Trapenses de Irlanda trescientas mil hectáreas de terreno en Queensland, con objeto de que funden allí una gran misión católica que civilice a los salvajes que habitan en el interior de aquel continente.

Un periódico bilbaíno refiere en los términos siguientes el acto de la inauguración del Carmelo de Begoña:

«Un nuevo templo es siempre un acontecimiento faustísimo. Nuestro Señor tiene un trono más que ocupar en la tierra y los católicos una nueva casa de oración. Y si al templo se agrega una morada de penitencia y abnegación, cual acontece en el Carmelo de Begoña, motivo doble para celebrar con regocijo el suceso.

El miércoles por la tarde llegó a la planicie de Landáburu en Begoña el Ilmo. Sr. Obispo de Vitoria, acompañándole en su coche dos Padres carmelitas. La comunidad con cirios esperaba al excelentísimo Prelado y procesionalmente fué conducido a la capilla-iglesia de la antigua mansión religiosa, entonándose el salmo *Memento, Domine, David*. Terminada la visita a la iglesia y bendecidos los circunstantes, se alojó S. E. I. en el nuevo convento. A las ocho de la mañana del jueves, día de la Natividad de Nuestra Señora, el Sr. Obispo dió principio a la bendición de la iglesia nueva y en seguida a la consagración de las aras. Terminada ésta, dirigió una fervorosa plática a la concurrencia y procedió a la celebración de la santa Misa.

Majestuosamente fué conducido el Santísimo Sacramento en manos del Sr. Obispo desde la iglesia antigua. El pueblo y la comunidad formaron el cortejo hasta la nueva, y la banda del regimiento de Garellano honró y solemnizó con sus acordes el acto.

Ayer tuvo lugar el primer día del triduo consagrado a la inauguración del hermoso templo carmelitano, celebrando de pontifical el Prelado y predicando el doctor D. Valentín de Ventades.

Asistieron a la función el ayuntamiento de Begoña y una comisión de la excelentísima diputación provincial de Vizcaya.

También acompañaron al Excmo. Sr. Obispo en la ceremonia pontifical los Párrocos de Begoña y Bilbao.

Felicitemos a los celosos religiosos que después de grandes dispendios ven cumplidos sus deseos de ofrecer a su Soberana un nuevo solio en donde recibir culto y dispensar misericordias, así como también por el colegio instalado para el progreso de la Orden y la ilustración de los jóvenes religiosos.»

El palacio Mignanelli de Roma, adquirido por la Congregación de la Propaganda, ha sido restaurado y dispuesto para los usos de la misma, y quedará listo durante el próximo mes de Octubre. En la planta baja y en el espacio que estaba destinado a jardín, en la actualidad cubierto, se instalará la grandiosa tipografía políglota de *Propaganda Fide*. En uno de los planos superiores tendrá su habitación el Cardenal Prefecto de la Economía de Propaganda; los demás pisos se destinarán a las Escuelas del Colegio Urbano, pequeñas ya para el número de alumnos que a ellas concurren.

Se tomarán además otras disposiciones en cuanto al local del Museo Borgiano etnográfico, dotándolo de nuevas salas, que ofrezcan colocación adecuada a las numerosas colecciones que diariamente mandan los Misioneros de todas partes del mundo.

Es ya también un hecho la adquisición, por cuenta de la Santa Sede, del grandioso palacio Altemns,

junto a San Apolinar. Han sido pagados 1.300.000 francos por Su Santidad, quien colocará en aquél el mayor número posible de Institutos científicos y Escuelas para la juventud seglar, que el edificio pueda contener.

Háblase a este propósito de refundir en un solo cuerpo algunas de las Academias pontificias, especialmente la de la Arcadia, la Tiberina, la de la Inmaculada Concepción, la de los Liceos y la de Arqueología, y formar un solo, grande y respetable Instituto de Ciencias y Letras, que podría tomar el nombre del Pontífice que actualmente ocupa la Cátedra de San Pedro.

Con la fundación de este Instituto no se quiere, sin embargo, destruir las antiguas y respetables Academias pontificias nombradas. El nuevo Centro estaría distribuido en secciones; para las *ciencias exactas y naturales* (Liceos), para las *ciencias morales* (Inmaculada Concepción), para las *ciencias económicas e históricas* (Tiberina) y para la *literatura* (Arcadia).

El entierro de las víctimas del incendio del teatro de Exeter ha dado lugar a escenas verdaderamente desgarradoras, a la vez que a un incidente que causó la más profunda indignación. Según refiere el *Daily News*, parece que en el momento de leer las últimas oraciones sobre los féretros que acababan de ser bajados a la fosa el pastor protestante encargado de prestar ese servicio llamó a un agente de policía que había allí presente, le hizo acercarse a él y se asió a su cinturón diciéndole que necesitaba de su auxilio. Esto causó gran sorpresa en los concurrentes, los cuales no tardaron en comprender que el reverendo pastor no estaba en su estado normal; y cuando éste comenzó a mascullar algunas palabras se notó que estaba leyendo, no el oficio de difuntos, sino las preces para el matrimonio; el hombre estaba borracho.

La indignación de los presentes no conoció límites, y la policía tuvo que sustraer al pastor a la furia popular. El pastor fué conducido a una capilla, en la que la muchedumbre quería perseguirle y castigarle; pero al fin pudo metérsele en un *cab* que le condujo con buena escolta a su casa.

Sin comentarios.

En la *Gaceta* se anuncia que S. M. la Reina regente, por Real decreto de 7 del corriente, se ha dignado nombrar al Rdo. P. Fray Arsenio del Campo y Monasterio, Procurador general y Vicario provincial en España de los religiosos Agustinos Calzados misioneros de Filipinas, para la iglesia y obispado de Nueva Cáceres en dichas islas, vacante por fallecimiento del Rdo. P. Fray Casimiro Herrero.

## NECROLOGÍA

Ha fallecido en Florencia el reverendo Padre Filippo Cecchi, de las Escuelas Pías, catedrático de Física del instituto de la Santísima Annunziata, y que por sus eminentes trabajos científicos era considerado como uno de los sabios más ilustres de Italia.

También han pasado recientemente a mejor vida: En Alhama (Granada), el Presbítero D. Mariano Puerta Robledo, capellán que fué muchos años del convento de Santa Clara.

En Trazo (Ordenes), D. Agustín Vieites Cornes, Arcipreste de Berreo de Abajo.

En Bidaurreta (Oñate), el Rdo. P. Fray Juan Martín de Guerra y Aguirre.

En Avila, Doña Gregoria García de García, Tesorera de la Obra de la Propagación de la Fe.

En Barcelona, el Dr. D. Isidro Marsal, Beneficiado de la iglesia de Santa María del Mar.

## ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente a la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

